

CAPÍTULO LXIII

Héroe, sofista y malvado.

Como se había previsto, desde muy temprano de la mañana del miércoles comenzó á llenarse de gente la plaza mayor. Las alturas de la catedral y el portal llamado de las panaderas, que quedaba enfrente de la iglesia, estaban coronados de hombres y mujeres, ansiosos de presenciar el espectáculo. Las familias de los individuos del ayuntamiento ocupaban el corredor alto de las casas consistoriales; las de los oidores, oficiales reales y otras de la nobleza, el del palacio. Doña Elvira de Lagasti no quiso presenciar aquella escena; y pretextando una indisposición, permanecía encerrada en sus habitaciones.

Don Silvestre estaba en la capilla de la cárcel de corte, en el real palacio, y D. Dieguillo en la de la plaza de Santiago, pues había en la antigua capital, según el testimonio de Fuentes, ocho lugares de prisión, situados en diferentes puntos que menciona. No faltaban espectadores en las calles por las cuales debía ser conducido D. Dieguillo; pero como la escena más dramática había de representarse en la plaza mayor, hacia áquel punto afluía en mayor número la concurrencia.

Dos compañías de infantería y el cuerpo de dragones estaban sobre las armas y en formación delante del palacio. Los conjurados, con espadas, trabucos y puñales, andaban por todas partes mezclados con los espectadores. Don Rodrigo de Arias estaba, con el conde de Santiago, el Adelantado de Filipinas,

los olores, otros funcionarios y varios caballeros principales, en la galería del palacio. El gobernador debía bajar con cualquier pretexto en el momento convenido, que era cuando Alarcón pasase frente á la catedral, y poniéndose á la cabeza de los Nazarenos, que por supuesto, habían prescindido del uso del disfraz desde la delación de D. Fadrique, alzar el grito de sedición y arrebatarse el reo á la justicia.

Á las diez en punto D. Dieguillo fué sacado de la prisión á la plaza de Santiago. Á su lado derecho iba el doctor Escalante, como juez de la causa, y al izquierdo el padre Manuel Lobo, superior de la compañía de Jesús, sabio y virtuoso eclesiástico, director espiritual y biógrafo del hermano Pedro. El reo vestía una hopa negra, y un capuz del mismo color le cubría el rostro. Llevaba en la mano derecha un crucifijo. Iba metido en un zurrón de cuero, colocado en un carretoncillo que tiraba un caballo. El pregonero conducía á la bestia del diestro, caminando paso á paso, y gritando en cada esquina el delito y la pena de D. Pedro de Uceda. Un pelotón de veinte soldados rodeaba aquel fúnebre carro y cerraban la marcha los hermanos de la piedad, que rezaban en voz alta el rosario. Las campanas de las treinta y tantas iglesias de la ciudad comenzaron á tocar á agonía desde que salió el reo de la cárcel, y en muchos de estos templos celebraban misas por los dos ajusticiados, pues Alarcón debía estar saliendo á la misma hora de la cárcel de corte, para ser paseado con igual aparato que D. Dieguillo, por las calles inmediatas á la plaza. El bufón era en aquel drama terrible el personaje secundario, y el interés de la numerosa concurrencia estaba concentrado, por diversos motivos, en el cajero mayor de D. Diego de Padilla.

Pero por una ú otra razón Alarcón no salía de la cárcel. Eran las diez y media; las miradas de los espectadores estaban pendientes del lugar por donde habían de sacar al reo, y no aparecía. El público empezaba á impacientarse, como en el teatro, cuando se dilatan en levantar el telón.

— Han dado ya las diez y media y aun no sale, decía Don Domingo de Arrivillaga, á varios caballeros que formaban un grupo en la galería del palacio.

— Ya le sacarán, contestó D. Francisco Aguilar de la Cueva; no creo se haya acordado suspender la ejecución, pues en tal caso ¿para qué poner esas dos horcas

— ¡Pobre D. Silvestre! añadió D. Juan de Roa, no acierto á comprender cómo un sujeto tan avisado se dejó coger las vueltas hasta venir al lance apretado en que se encuentra.

— *Nemo mortalium omnibus horis sapit*, señor D. Juan, observó el canónigo Tafoya; lo que traducido literalmente quiere decir que hay ocasiones en que los hombres más sabios *hacemos* grandes disparates.

— Y los *decimos* también, contestó el maligno D. Fadrique de Guzmán; observación que hizo sonreír á los caballeros y no dejó de correr al prebendado.

— Pero, ¿y D. Dieguillo, qué os parece? preguntó D. Martín Guzmán, padre de D. Fadrique. ¿Quién hubiera creído que fuera tan buena pieza?

— Ese es un malvado que no merece compasión, dijo Don Antonio de Estrada y Medinilla. Ladrón y fraticida, y además ingrato con sus bienhechores.

— *Ingratum si dixeris, omnia dicis*, agregó el doctor. Pero vedlo; ahí viene, añadió señalando á la esquina del palacio episcopal.

Era así efectivamente. En aquel momento el fúnebre cortejo desembocaba en la plaza y un sordo rumor se hacía oír entre los espectadores. Eran las once menos cuarto. Los quince minutos que faltaban debían emplearse en pasear al reo en torno de la plaza, en cuyas cuatro esquinas iba á leerse la sentencia.

Alarcón aun no salía. Don Rodrigo de Arias estaba sumamente inquieto y los otros conjurados iban y venían en diferentes direcciones, hablábanse en voz baja y nadie podía explicarse aquella incomprensible dilación.

Cuando D. Pedro de Uceda fué extraído del zurrón y se le levantó el capirote, pudo advertirse que el miserable estaba ya más muerto que vivo. El padre Lobo le dirigía devotas y patéticas exhortaciones, que el reo escuchaba apenas. Dos minutos antes de las once, el verdugo había terminado sus horrorosos preparativos. Un silencio profundo reinaba en toda la plaza. De repente se oyó la voz del pregonero que gritó :

« Esta es la justicia que, en nombre del rey nuestro Señor, mandan hacer el muy ilustre señor Presidente y los señores de la real Chancillería del reino de Guatemala, en la persona de D. Pedro de Uceda, por parricida y por ladrón. »

El verdugo retiró el banco sobre el cual estaba el reo, en pie, y quedó balanceándose en el aire, pendiente de la cuerda que le apretaba el cuello. La atención de todos los espectadores estaba en aquel momento fija en el espantoso espectáculo que se les ofrecía en medio de la plaza ; pero repentinamente uno de tantos lanzó un grito de horror y señaló hacia la esquina del palacio que hacía frente al portal de las panaderas. El cadáver de un hombre aparecía colgado por el cuello de una pesada viga apoyada sobre la baranda de hierro del corredor alto. Casi al mismo tiempo se oyó la voz de otro pregonero que gritaba, junto á aquel cadáver.

« Esta es la justicia que, en nombre del rey nuestro Señor, mandan hacer el muy ilustre señor Presidente y los señores de la real Chancillería del reino de Guatemala, en la persona de D. Silvestre Alarcón, por traidor y sedicioso. »

Las miradas de la multitud se dirigieron hacia el punto donde aparecía el cadáver del cajero mayor, que había sido colocado ahí, sin que se notase la operación, estando todos, como ya se ha dicho, atentos á la ejecución de D. Dieguillo. Don Rodrigo de Arias se puso pálido de ira al ver el cuerpo inanimado de D. Silvestre, y los demás conjurados lanzaron un grito de horror. Las dos compañías de infantería prepararon las armas y el cuerpo de dragones puso lanza en ristre. Pero nadie se

movió. Don Rodrigo comprendió que cualquiera tentativa carecía ya de objeto y que si estallaba la insurrección, no se haría más que derramar inútilmente la sangre. Permaneció, pues, inmóvil en su puesto, anonadado bajo aquel golpe. La caballería comenzó á abrirse paso entre la multitud, y fué despejando la plaza.

Debemos explicar lo que había sucedido. La noche anterior, á una hora muy avanzada ya, el Presidente recibió aviso de que los conjurados proyectaban arretabar á D. Silvestre cuando fuese extraído de la cárcel para ser conducido al patíbulo, resueltos á dar en seguida el grito de insurrección. Á las tres de la mañana reunió el real acuerdo y dió cuenta de lo que se tramaba. Discutióse largamente lo que convendría hacer y por último se resolvió, para prevenir cualquier alboroto, que la ejecución de D. Silvestre se verificase en el interior de la cárcel, exponiéndose el cadáver á la vista del pueblo, á la hora señalada en la sentencia. Convínose en que aquella disposición se mantendría reservada, á fin de que los conjurados no tuviesen tiempo para combinar algún otro plan para salvar al reo. La Audiencia acordó también que el doctor Escalante diese cuenta de la actuación secreta contra D. Rodrigo de Arias, para examinarla y ver si había mérito suficiente para mandar prender al gobernador, medida que el Presidente juzgaba necesaria, para poner una vez por todas término á la inquietudes y alborotos. Debiendo tener lugar en los dos días siguientes cuatro ejecuciones de Nazarenos condenados al último suplicio, acordó el tribunal ver el proceso contra D. Rodrigo luego que se hubiesen ejecutado aquellas sentencias.

Á las once menos cuarto, cuando D. Pedro de Uceda llegaba á la plaza mayor, un ayudante del verdugo, muy hábil en el oficio, se presentó en la capilla de la cárcel de corte, con tres alguaciles, ocho soldados y un escribano. Don Silvestre comprendió que había llegado el momento supremo, y levantándose del banquillo en que estaba sentado, junto á la mesa, dijo :

— ¿Es hora? Estoy pronto.

— Venid, dijo el escribano.

Los alguaciles se disponían á sostener al reo, considerando que necesitaría apoyo, pero D. Silvestre les dijo con entereza :

— No es necesario. Vamos; y con paso firme salió de la capilla, rodeado de los alguaciles y los soldados, y precedido por el escribano.

Alarcón esperaba ser conducido á la plaza, conforme á lo provenido en la sentencia, que se le había leído; y así, se admiró al observar que se le volvía á llevar al calabozo. Pendiente de una viga del techo estaba una fuerte cuerda, bajo la cual habían colocado una mesa.

— Subid, dijo el escribano.

— ¿Y qué, preguntó Alarcón, aquí es donde ha de ejecutarse la sentencia?

— Aquí, contestó el escribano; así lo ha dispuesto esta mañana el real acuerdo.

— Sea cual fuere el motivo que haya originado esta disposición, dijo D. Silvestre, agradeced de mi parte á esos señores que me han ahorrado la mitad del camino. Cuando se ha de llegar, mientras más pronto tanto mejor.

Dicho esto, subió á la mesa, seguido del ayudante del verdugo, que acomodó el extremo de la cuerda en la garganta de D. Silvestre. Bajó, retiró la mesa y cinco minutos después estaba todo concluído. Se sacó el cadáver y se colocó en el corredor alto del palacio, como ya hemos dicho.

Así acabó la vida de aquel hombre, cuya enérgica voluntad no se doblegó ni ante la muerte. Sobre la mesa de la capilla se encontraron, junto con su testamento, las siguientes notas :

« He consagrado mi vida á la familia á quien debo cuanto soy.

« Por servir sus intereses y los del reino, organicé la asociación de los Nazarenos. Encontré abnegación y valor en la mayor parte de sus miembros; pero ni han faltado traidores

en su seno, ni el pueblo nos prestó la cooperación que debíamos esperar.

« Esta no es tierra para conjuraciones.

« ¡ Ojalá que la suerte que me ha cabido sirva de ejemplo á algunos !

« No he hecho el mal por complacencia ni por un instinto depravado. Me he servido de él, como de uno de tantos elementos que he encontrado en actividad en el combate de las pasiones y de los intereses humanos.

« No tengo más que una deuda, y es mi acreedor D. Fadrique de Guzmán. Don César de Carranza queda encargado de cancelar ese crédito. »

Parécenos que esas pocas notas expresan bien las ideas y el carácter del personaje. Era un malvado, dirán algunos. Era un sofista, dirán otros. No faltará quien diga que fué un héroe. Quizá lo más seguro sería decir que fué héroe, sofista y malvado.

CAPÍTULO XLIV

La profesión.

Tres días después de la ejecución de D. Pedro de Uceda y de D. Silvestre Alarcón, el 25 de abril, á las nueve de la mañana, un inmenso gentío se dirigía á la iglesia de la Concepción, donde iba á tener lugar una fiesta que, aunque de carácter muy diverso del de aquella que tanto había llamado la atención el 22, excitaba vivamente la curiosidad del desocupado vecindario. Una novicia iba á pronunciar sus votos solemnes y á morir para el mundo. La juventud, la belleza y lo ilustre de la cuna de aquella religiosa eran circunstancias que daban interés especial al acto y lo hacían diferenciarse de la mayor parte de los monjíos tan frecuentes en aquella época. Nuestros lectores han comprendido sin duda que la joven que iba á cambiar aquel día el velo blanco de las novicias por el negro de las profesas, no era otra que Doña Violante de Padilla.

El haber visto á su anciano padre arrancado del pie de los altares por su amante, para conducirle al presidio, hirió á la desdichada Doña Violante en lo más íntimo del corazón. Si hubiese podido leer aquella noche en el alma de D. César, habría comprendido el doloroso sacrificio que costara al joven el cumplimiento de aquel deber; pero solo Dios puede juzgar las intenciones, y Doña Violante no veía sino el hecho material de que D. César servía de instrumento á la cruel venganza de los enemigos de su familia.

La madre Maldonado aprovechó hábilmente la situación de ánimo en que se hallaba Doña Violante. Le pintó con vivos colores los peligros del mundo, le habló con elocuencia de lo frágil y perecedero de los amores terrenos, y poco á poco fué infiltrando en aquel corazón impresionable el más delicado misticismo. Al concluir su año de noviciado, Doña Violante estaba resuelta á profesar y su alma, desprendida de las afeciones mundanas, se anegaba ya en las delicias inefables de la vida contemplativa.

Quince días antes del que estaba señalado para la profesión, los parientes de Doña Violante obtuvieron de la superiora del monasterio permiso para que la novicia saliese á la reja del locutorio, con el objeto de que se hiciese un retrato de tamaño natural. La obra fué encargada al hábil pincel de D. Antonio de Montúfar, que se prestó á ejecutarla por amistad con la familia. En poco tiempo la figura quedó trazada, dando vida los colores á aquel diseño, que representaba á la hija de Padilla en su traje de religiosa, con toda la poesía de que era susceptible tan interesante asunto. El artista llevó el lienzo á su estudio, para dar el complemento á la obra.

El 25 de abril estaba todo arreglado para que tuviese lugar la interesante y patética ceremonia. La iglesia aparecía adornada con lujo. El oro y la plata resplandecían en los altares, y las arañas se veían coronadas de bujías. El velo que cubría de ordinario la reja del coro estaba levantado, para que el pueblo pudiese presenciar la profesión. En el fondo entonaban las religiosas los himnos sagrados, al compás de los graves acentos del órgano. Doña Violante, pálida como la corona de rosas blancas que ceñía su frente y como la vela de cera que llevaba en la mano, pronunció los votos con voz débil, y en seguida fué á postrarse en medio del coro, mientras las religiosas entonaban la letanía de los santos. Después se acercó á la ventanilla del comulgatorio, por la cual recibió el velo que le presentó el sacerdote diciéndole :

Accipe, ancilla Christi, sancta velamina professionis tuæ, sacrum signaculum in perpetuum, cum quo feliciter valeas pervenire ad regna cœlorum.

Esto es : « Recibe, sierva de Cristo, el santo velo de tu profesión, señal sagrada y perpetua, con la cual llegarás felizmente al reino de los cielos. »

Al mismo tiempo cantaban las religiosas el *Veni Creator*. Había algo de tierno y sublime en aquella muerte voluntaria de una mujer joven, noble y bella, que volvía las espaldas al mundo para asegurarse, por medio de una vida de abnegación y olvido, los goces de la inmortalidad.

En el momento en que Doña Violante, despojada ya de la guirnalda, cubría su cabeza con el velo, un joven, cuyo semblante desencajado revelaba los más acerbos sufrimientos, se abrió paso con rudeza entre la multitud apiñada delante del coro. Llegó por fin junto á la reja, y gritó:

— Adiós, adiós Violante ; hasta la eternidad. Hasta que nos reunamos allá donde desaparecerán los obstáculos que nos han separado en esta vida.

El desgraciado D. César, pues era él, como se habrá comprendido ya, golpeó con fuerza su frente pálida contra la reja del coro, haciéndose una incisión. Cayó el velo y se escucharon amortiguadas y confusas, las últimas notas del *Veni Creator*. Después todo quedó en el más profundo silencio y sacaron de la iglesia al pobre demente, cuyo rostro estaba bañado con la sangre que brotaba de la herida.

CAPÍTULO XLV

El legado de Don Silvestre.

Los hojalateros á quienes D. César de Carranza mandó hacer los veinte mil tejos de cobre con las planchas que encontró en el almacén de su casa, cuidaron de avisar á D. Tomás, antes de poner por obra aquel extraño encargo. Pero como los médicos habían recomendado que no se contrariase al joven, á fin de no exasperarle y agravar su locura, Don Tomás dijo á los artesanos que hiciesen lo que su hijo deseaba.

Con tal autorización, pronto fueron á entregar los veinte mil tejos á D. César, quien con todo sigilo fué llevándolos poco á poco en sacos á un sótano que había en la casa de Carranza, como en otras muchas de las de la antigua capital. Al siguiente día del de la profesión de Doña Violante, D. César, á quien la impresión de aquel acto había conmovido fuertemente y trastornado aun más la inteligencia, escribió un billete á D. Fadrique de Guzmán, suplicándole se viese con él aquella noche á las siete, pues quería cumplir un encargo de D. Silvestre Alarcón. Guzmán tenía ya noticia del apuntamiento encontrado entre los papeles del reo y de lo que decía acerca de la deuda, y tomando la especie al pie de la letra, imaginó que D. Silvestre, acosado por los remordimientos, había querido satisfacer el débito de los veinte mil pesos. Algo había oído decir acerca de síntomas de enajenación mental de D. César; pero

como la familia de Carranza procuraba tener secreta, hasta donde era dable, aquella desgracia, Guzmán ignoraba el verdadero estado de su amigo; por lo que se figuró que realmente había recibido aquella comisión de D. Silvestre, sabiéndose de pública notoriedad haber sido llamado por el reo á la capilla. Considerando pues, como casi seguro el recobro de la suma, se propuso acudir á la cita.

Á las siete en punto de la noche se presentó en casa de Carranza y encontró á D. César en su habitación. Hacía algunos días que los dos amigos no se veían, y así chocó vivamente á D. Fadrique la alteración profunda que advirtió desde luego en el semblante de D. César. Atribuyólo, sin embargo, á la emoción que debía haberle causado la profesión de Doña Violante, y no dió grande importancia á aquella alteración.

— Don Silvestre Alarcón, dijo D. César, os debía una suma, y me ha encargado que os la restituya.

— Efectivamente, contestó D. Fadrique, ese pobre hombre me debía unos veinte mil pesos, procedentes de cierto negocio que hicimos, y me alegro de ver que no haya querido irse al otro mundo con ese cargo sobre la conciencia.

— ¡Oh! todo debe pagarse en esta vida, dijo D. César. Venid añadió; voy á entregaros la cantidad.

Y diciendo esto, tomó una vela y salió del cuarto, seguido de D. Fadrique. Creyó éste que irían al escritorio y que la suma se le entregaría en alguna libranza de comercio, y se admiró no poco cuando vió que D. César se encaminaba hacia el interior de la casa. Siguióle, sin embargo, y luego llegaron al último patio, donde estaba la puerta del sótano.

— Aquí está, dijo el loco, entremos. Guzmán, aunque extrañando se le condujese á aquel lugar, no tuvo inconveniente en seguir á D. César, quien echó la llave por dentro y puso la vela sobre una mesa, en la cual se veían unos veinte sacos.

— Á fin de que nadie venga á interrumpirnos, dijo, voy a tapiar la puerta.

Inmediatamente fué colocando delante de la entrada una porción de cajas de mercaderías averiadas que habían relegado en el sótano como objetos inútiles. No dejó de alarmarse Guzmán, al advertir aquella operación; pero nada dijo aún á Don César : tantomás, cuanto que había contado ya los veinte sacos, cada uno de los cuales parecía, por el tamaño, contener mil pesos.

Luego que hubo acabado de colocar los cajones, dijo Don César.

— Tomo estas precauciones, porque este negocio es muy reservado y no debe saberlo nadie. Porque, os diré en mucha confianza, añadió bajando la voz, que el pobre Alarcón no tenía con qué pagaros, y ha sido preciso que yo mande fabricar la moneda para satisfacer esa deuda. Todo se ha hecho perfectamente, esos monederos son muy hábiles y los pesos no se diferencian en nada de los que vienen de España y de Méjico. Vais á verlo.

Al decir esto, comenzó á vaciar precipitadamente los sacos, echando sobre la mesa los tejos de cobre. Don Fadrique veía la operación con asombro; y comenzó á temer que ó D. César estaba loco rematado, ó que toda aquella era una escena preparada expresamente para burlarse de él.

Queriendo acabar de cerciorarse, acercó á la vela uno de los tejos, y después de haberlo examinado, exclamó con impaciencia.

— ¡ Esto es cobre ! Á un niño no se engañaría con semejante ficción.

Don César abrió desmesuradamente los ojos y los clavó en Don Fadrique con una expresión de ira que hizo estremecer á éste. Apretó los puños y dando sobre la mesa un golpe que hizo saltar los tejos, exclamó :

— ¿ Cómo cobre ? ¿ Os atrevéis á decir que no es moneda tan

buena como la del rey la que voy á entregaros? ¿Conque decís que con esto no se engañaría á un niño? ¿No os he dicho que Alarcón no tenía con que pagar y yo he tenido que mandar fabricar la moneda á los más hábiles monederos de la ciudad? Contad el dinero, gritó furioso, y agarrando á D. Fadrique por los cabellos, le arrojó con violencia, golpeándole la cara contra la mesa.

Desde aquel momento Guzmán comprendió que si contrariaba á aquel frenético, era hombre perdido, y temblando de miedo, le dijo :

— Será, pues, como decís, y yo debo estar equivocado. Vámonos de aquí y mañana enviaré por este dinero.

— No, contestó el loco riéndose; no saldremos de aquí sino después que hayáis contado diez veces seguidas cada uno de esos sacos, pues yo soy hombre muy exacto y no quedaré satisfecho de otro modo. Cuatro horas bastan para contar la suma una vez, haciéndolo de prisa; en cuarenta horas habremos concluido. Ea, manos á la obra y no perdamos tiempo.

— Yo me doy por muy satisfecho con contar una sola vez, murmuró D. Fadrique temblando.

— No se trata de satisfaceros á vos, sino á mí, bellaco, replicó D. César, lanzando rayos por los ojos. Contad, ¡vive Cristo! ú os aplasto la cabeza contra esa pared:

Viendo que D. César se disponía á ejecutar la amenaza, Guzmán no tuvo más arbitrio que ponerse á contar los tejos. Para abreviar, los tomaba en montoncillos de ocho ó diez, importándole muy poco, como debe suponerse, contar de más ó de menos. Pero el loco ponía sus cinco sentidos en la operación, y como advirtió que D. Fadrique trataba de salir del paso de cualquier modo, le dijo :

— ¿Queréis burlaros de mí, villano? ¿Es este el modo con que correspondéis al gran favor que os hago? Contad peso por peso, si no queréis que os desuelle vivo.

Diciendo esto, tiraba fuertemente por los cabellos á D. Fadrique, á quien el dolor arrancó un grito penetrante.

— ¡Silencio, malvado! dijo D. César. ¿No veis que si vienen y nos hallan aquí, van á tomarnos por monederos falsos? Seguid contando. Don Fadrique tuvo que obedecer y comenzó á contar tejo por tejo, como quería el loco. Como á las doce acabó de contar los veinte mil y dijo á D. César:

— He concluído, está cabal y me doy por satisfecho. ¿Queréis que os extienda el recibo?

— Os he dicho, replicó Carranza, que se ha de contar diez veces; va una y faltan nueve: seguid contando.

Guzmán estaba fatigado; pero temblaba ya de irritar al loco, y volvió á comenzar la operación. En esa segunda vez tuvo que emplear seis horas, pues la fatiga no le permitía hacerlo de prisa. Cuando terminó eran las seis de la mañana. Don César había tenido la precaución de llevar un mazo de velas, para que no les faltase luz, y puso una nueva, cuando estaba la primera para expirar. Hizo dos rayas en la pared con un carbón, y volvió á pronunciar la terrible frase: « seguid contando. »

Á las dos de la tarde dió fin á la tercera operación. El desgraciado sentía que las fuerzas le abandonaban. El loco, que no parecía sentir ni la fatiga ni el hambre, fué á hacer la tercera raya en la pared y dijo á D. Fadrique: seguid contando.

— ¿Queréis malarme? dijo Guzmán con voz desfallecida.

— No, dijo el loco, quiero pagaros solamente. Seguid contando.

Don Fadrique alargó la mano al montón de cobre y principió por cuarta vez la desesperadora operación. Tenía que detenerse á cada momento, falto de fuerzas. Á la once de la noche D. César hizo la cuarta raya. Guzmán estaba desencajado, tenía los ojos inyectados de sangre; las piernas le flaqueaban. Estaba deshecho por veintiocho horas de trabajo

incesante, sin ver la luz natural y sin tomar alimento alguno.

— Seguid contando, dijo D. César. Cuando hubo terminado la quinta operación, eran ya las diez de la mañana. Don Fadrique cayó al suelo privado de conocimiento.

— Seguid contando, dijo él mismo con voz sorda y acento sombrío. Seguid contando, repitió, y movía las manos, como si realmente estuviese contando los tejos. El infeliz era presa de un violento delirio. El loco, á quien sostenía la excitación cerebral, parecía superior á la fatiga.

— Pues si vos no podéis más, dijo, yo contaré hasta concluir. Estad atento.

Y comenzó á contar con precipitación.

— Van seis, dijo á eso de las dos de la tarde, y trazó la sexta línea.

Á las ocho de la noche concluyó la séptima operación. Don Fadrique, postrado en tierra, continuaba delirando é iba faltándole la vida. El loco seguía imperturbable su cuenta. Cuando D. César hacía la novena línea, Guzmán estaba ya en una verdadera agonía y poco antes de que concluyese la décima operación, había expirado.

Terminó el loco, trazó su línea y dirigiéndose á Guzmán, dijo :

— Hemos concluido. ¿Dormís? Viendo que no le contestaba, añadió :

— Duerme. Mañana se llevará el legado de Alarcón; y diciendo esto, quitó los cajones, abrió la puerta del sótano y se marchó, dejando allí el cadáver del desventurado D. Fadrique.

CAPÍTULO XLVI

La actuación secreta.

Verificada la ejecución de otros cuatro de los principales conjurados, era tiempo de proceder al examen de la actuación secreta, creada para averiguar la participación de D. Rodrigo de Arias en la conjuración de los Nazarenos. De tal naturaleza eran los datos acumulados, que había mérito suficiente para prender al gobernador y aun para aplicarle las penas más severas. El conde de Santiago estaba resuelto á no retroceder ante ninguna consideración, y contaba con que un acto de justicia, por severo que fuese, siempre que pudiese aparecer fundado, no podría menos que ser aprobado por el rey. Las diligencias secretas, hábilmente seguidas por el doctor Escalante, proporcionaban, como hemos dicho, las pruebas que se necesitaban; y así, el Presidente y su hijo, empeñados en tomar una sangrienta venganza de D. Rodrigo, ansiaban porque llegase el momento en que la Audiencia examinase aquella actuación.

La ejecución de D. Silvestre y la de los otros cuatro conjurados y los rumores misteriosos que corrían de que iban á ser ajusticiados algunos otros sujetos de primera importancia, tenían al vecindario aterrorizado. La autoridad se presentaba fuerte y temible y los descontentos estaban amilanados. Solo el joven gobernador veía acercarse impávido la tempestad. No pudiendo ya contar con los Nazarenos, cuya asociación había

quedado disuelta, desde que faltó el que era el alma de la conjuración, D. Rodrigo había prescindido de sus proyectos contra el Presidente, y estaba resuelto á arrostrar las consecuencias de sus actos. Al revés de Alarcón, Arias se proponía confesar la parte más importante que había tomado en el complot y sufrir la muerte, si era necesario, con la misma serenidad que la que mostrara hasta el último momento el cajero mayor.

Pero había un ángel que velaba en silencio por D. Rodrigo de Arias ; una mujer que, encerrando en lo más recóndito de su alma un amor no correspondido y hasta ignorado, iba á ser por segunda vez la providencia del joven gobernador. Doña Guiomar de Escalante, sabiendo por la delación de D. Fadrique cuán comprometido estaba D. Rodrigo en la conjuración de los Nazarenos, después de haberle salvado de caer en manos de su padre, la noche en que fué éste á la casa de los espantos, procuraba espiar al oidor, á fin de prevenir, si le era dable, cualquier peligro que pudiera correr D. Rodrigo.

Como hemos dicho ya, el doctor Escalante trabajaba en su casa en la actuación secreta, y cuando salía, cuidaba de encerrarla con llave en una gaveta de la mesa de su escritorio. Doña Guiomar, dominada por una sola idea, había echado los ojos dos ó tres veces á aquel expediente, cuando su padre lo tenía abierto sobre el bufete y se acercaba ella á hablarle con cualquier pretexto ; y por algunas frases que pudo coger al vuelo, comprendió que aquel cuaderno era un terrible proceso contra el hombre á quien amaba. Formó, pues, el proyecto atrevido de sustraerlo y hacerlo desaparecer.

El doctor Escalante conservaba siempre en su bolsillo la llave de la gaveta donde estaba encerrada la actuación. Así, Doña Guiomar comprendió que no era posible apoderarse de ella, sino por la noche, mientras dormía su padre. La circunstancia de estar la alcoba del oidor comunicada con la de su hija por medio de otras piezas que quedaban abiertas en la noche,

ofrecía alguna facilidad para poner por obra el proyecto. Doña Guiomar lo calculó bien todo y resolvió ejecutar su plan.

La víspera del día en que debía verse la actuación en el tribunal, el doctor Escalante había estado hasta muy tarde de la noche hojeando el proceso y tomando apuntamientos. Como á las doce, Doña Guiomar fué á despedirse de su padre, que la abrazó y besó en la frente con ternura. La joven observó que el oidor trabajaba en el expediente. Retiróse, se acostó y estuvo aguardando á que el doctor se hubiese dormido. Poco más de la una sería cuando Doña Guiomar se levantó sin hacer el más ligero ruido, y tomando una lámpara se dirigió al dormitorio. Detúvose antes de entrar y por la respiración del anciano conoció que dormía. Entró con cautela, cubriendo con la mano derecha la tembladora llama de la lámpara. Vestía Doña Guiomar una bata de muselina blanca y su negra y en-sortijada cabellera caía profusamente sobre sus espaldas. El jubón del oidor estaba en un taburete cerca de su cama. Lo tomó Doña Guiomar para buscar la llave de la papelera, en uno de los bolsillos, y cuando estaba ocupada en aquel registro, oyó que su padre decía clara y distintamente :

— Plena probanza... delito de alta traición... sentencia á muerte...

Tembló la joven al escuchar aquellas palabras incoherentes; pero significativas, escapadas al anciano durante el sueño. Encontró la llave y se dirigió poco á poco al gabinete, que era la pieza contigua. Abrió la gaveta y encontró el proceso. Se disponía á retirarse después de haber vuelto á echar la llave, cuando despertó el oidor, que creyó haber escuchado algún ligero ruido, que fué imposible evitar al abrir la papelera.

— ¿Quién va? dijo D. Juan Bautista, incorporándose.

La joven apagó la luz y fué á ocultarse detrás de la puerta que daba al dormitorio. El oidor se levantó en la oscuridad; entró en el gabinete y se detuvo delante de la mesa.

— Es raro, dijo ; creí haber escuchado algún ruido en esta pieza, y se volvió á la alcoba.

Doña Guiomar permaneció detrás de la puerta más de media hora ; y cuando conoció que su padre dormía otra vez, atravesó la alcoba en el mayor silencio y pasó las habitaciones, sin accidente alguno. Cuando llegó á su cuarto, respiró. Encendió una vela, cerró con llave la puerta que daba á las otras piezas y pegó fuego al proceso, que al cabo de un cuarto de hora, estaba reducido á cenizas. Impelida por el vivo interés que tenía por D. Rodrigo, Doña Guiomar ni imaginó siquiera que con aquel hecho comprometía gravemente á su padre. Recogió la ceniza en un pañuelo para arrojarla á la huerta de la casa.

Al siguiente día á las ocho de la mañana, el coche aguardaba al doctor Escalante para conducirle á palacio. Contra su costumbre, el oidor no bajaba, lo que causó no poca admiración á las gentes de la casa, habituadas á ver salir á su amo á las ocho en punto, sin que ningún motivo le hiciese retardar un minuto su salida. Inquieto y alarmado, buscaba la llave de la papelera para sacar la actuación, que debía verse aquel día en la audiencia. Registró hasta el último rincón del dormitorio y del gabinete ; interrogó á su hija y á los criados ; nadie sabía de la llave. Entonces hizo llamar á un cerrajero, para romper la cerradura.

Pronto estuvo abierta la gaveta. El oidor se puso pálido, al ver que había desaparecido la actuación. Recordó inmediatamente el ruido que creyó haber escuchado la noche anterior, y comprendió que el proceso había sido sustraído. ¿ Pero por quién ? He aquí lo que él no acertaba á imaginar. Imposible que hubiese sospechado de su hija ; pues no tenía para ello el más ligero motivo. Supuso, pues, que alguno de los criados, ganado por D. Rodrigo, se había introducido, falseando la llave de su alcoba ; que tomaría la de la papelera y robaría la actuación. Fijo en aquel pensamiento, se marchó sin decir palabra, al palacio, donde le aguardaba ya el tribunal reunido,

con el Presidente, extrañando la tardanza del puntualísimo doctor Escalante. Antes de entrar á la sala de acuerdos, extendió una orden de prisión contra todos los individuos de su servidumbre, hombres y mujeres, que en el acto fueron conducidos á las cárceles y puestos en calabozos, incomunicados.

En seguida se presentó el oidor en el salón donde estaba reunida la Audiencia. Mostraba en el semblante la agitación de su ánimo.

— Os aguardábamos, señor oidor, dijo el Presidente. No habréis olvidado que es hoy el día en que debemos ver la actuación secreta sobre la parte tomada por D. Rodrigo de Arias en la conjuración. Entregad el proceso al escribano de cámara, para que de cuenta.

Dicho esto, el Presidente tocó la campanilla, manifestando así que principiaba la sesión de la Audiencia.

El doctor Escalante, pálido y abrumado, dijo en voz balbuciente :

— Señor, es imposible ver hoy esa actuación porque... no la tengo.

— ¿Cómo que no la tenéis? dijo el conde de Santiago, arrugando el entrecejo. ¿Pues no está en vuestro poder?

— Lo ha estado, señor, contestó Escalante; pero anoche ha sido sustraída de la papelera donde la tenía yo guardada debajo de llave.

— ¡Sustraída! exclamaron al mismo tiempo, asombrados el Presidente y los oidores. Pero ¿cómo? ¿por quién?

— Eso es lo que yo no sabré explicaros, señores, dijo el anciano que lloraba de ira y de vergüenza.

En seguida refirió la disposición en que estaba su alcoba, comunicada únicamente con la habitación de su hija; dijo que hasta las doce de la noche, había estado trabajando en aquel proceso, y que tenía plena seguridad de haberlo guardado en la gaveta, colocando la llave en el bolsillo de su jubón. Añadió que creía haber escuchado ruido en su gabinete, y que, habiénd-

dose levantado, no volvió á advertir nada. Contó la pérdida de la llave y el no haber encontrado la actuacion, después que hubo hecho romper la cerradura por un cerrajero. Manifestó sus sospechas de que alguno de sus criados, seducido sin duda, hubiese cometido el atentado y concluyó informando á la audiencia de haber hecho poner en prisión é incomunicados á todos los individuos de su servidumbre.

El Presidente oyó con visible desagrado aquella explicación. La rectitud del doctor Escalante era proverbial; pero tantas personas á quienes consideraba adictas se habían dejado arrastrar á tomar parte en la conjuración, que ya el conde no se fiaba de nadie. Una sospecha tan ofensiva como injusta, atravesó por su imaginación, y dijo :

— Todo eso es muy extraño, ciertamente, y necesita una averiguación. ¿Puede reponerse fácilmente la actuación secreta?

— No, señor, contestó Escalante con abatimiento. Eso es lo peor y lo que mayor congoja me causa. Las principales declaraciones contra D. Rodrigo, son las de los cuatro reos que sufrieron la pena del último suplicio tres días después de haber sido ejecutado Alarcón.

— Pues el asunto es más grave de lo que yo creía, contestó el Presidente con semblante severo. Retiraos, añadió, dirigiéndose al doctor Escalante. La Audiencia va á deliberar sobre este hecho y vos no debéis estar presente.

— El orgulloso magistrado habría querido que se abriese la tierra y sepultarse en sus entrañas, antes que tener que sufrir aquella humillación. Creía perdido en un solo instante el fruto laboriosamente recogido en cuarenta años de carrera, y derramaba lágrimas de dolor y desesperación. Tuvo que retirarse á la antesala, mientras deliberaba el tribunal.

Una hora duró la sesión. Abrióse la puerta, y llamado el oidor, el Presidente le intimó la orden de detención en uno de los salones de la misma Audiencia, en tanto concluía la averi-

guación que iba a seguirse sobre la desaparición del proceso y se descubría el autor del robo; averiguación encomendada á otro de los oidores. Añadió que estando ya presos los criados del doctor Escalante, y habiendo lugar á vehementes sospechas respecto á la hija del mismo oidor, según la relación hecha por éste de la disposición en que estaban sus habitaciones, la Audiencia disponía se procediese inmediatamente á la prisión de Doña Guiomar de Escalante.

Aquel golpe fué el más duro y cruel para el desgraciado padre. Al escuchar las últimas palabras del Presidente, lanzó un grito y cayó sin conocimiento delante de la mesa del tribunal. Un cuarto de hora después, Doña Guiomar, conducida en coche por el escribano de cámara, era encerrada en uno de los salones del palacio, y el oidor quedaba en otro, sin comunicación con su hija.

La ciudad supo con asombro aquel grave acontecimiento; pero nadie pronunció una sola palabra, ni indagó lo que pudiese dar origen á tan severa medida, cuya causa debía permanecer reservada, según lo determinado por el real acuerdo.

CAPÍTULO XLVII

La llave.

Doña Guiomar ignoraba que su padre había sido puesto en prisión; y suponiendo que ella sola sufría las consecuencias de la sustracción del proceso, las sobrellevaba con paciencia contenta de haber salvado á D. Rodrigo de un grave peligro.

Por no confesar el hecho, se negó obstinadamente á declarar, cuando la requirió el oidor comisionado para instruir la averiguación. Por segunda vez fué el magistrado á la sala donde estaba arrestada la joven y volvió á preguntarle si sabía algo acerca de la desaparición del expediente, y guardó silencio. Entonces se abrió la puerta y apareció el doctor Escalante, pálido, abatido, llevando pintada en el semblante la expresión de la profunda pena que le torturaba el corazón. Acompañábanle el escribano de cámara y dos ministriles de justicia. Doña Guiomar dió un grito al ver á su padre, y el anciano, por más que procuró conservar serenidad, no pudo contener las lágrimas. Como un medio conducente á la averiguación del hecho, el oidor comisionado había dispuesto interrogar á la joven en presencia de su padre. El conflicto fué cruel para la infeliz, en aquel momento en que comprendió la verdadera situación de las cosas. Si confesaba que ella había sustraído la actuación, traicionaba su doloroso secreto; y si persistía en guardar silencio, prolongaba los sufrimientos de su padre. Fácilmente puede comprenderse cuán duro sería para una

señora de la condición de Doña Guiomar de Escalante, revelar la pasión que alimentaba su alma por un hombre que jamás había puesto los ojos en ella; y por otro lado, una hija tan tierna y amorosa, como ella era, debía sufrir cruelmente, viendo el abismo á donde había arrastrado al autor de sus días.

El doctor Escalante y Doña Guiomar permanecieron un rato sin decir una palabra, el uno frente á la otra; el anciano esforzándose en ahogar sus gemidos y la joven dejando correr libremente sus lágrimas.

— Señora, dijo el oidor encargado de seguir la averiguación, dirigiéndose á Doña Guiomar, por última vez os interrogo sobre la desaparición del proceso secreto. El examen minucioso practicado en vuestra casa, prueba que no es fácil que alguno de los criados sea el autor del hecho. No se ha encontrado indicio de fractura, ni que se haya abierto alguna puerta con llave falsa. Todo induce á creer que si no fuisteis vos quien, por un motivo que no se acierta á comprender, sustrajo ese expediente, ha sido vuestro mismo padre, cómplice oculto, sin duda, en el delito de traición de D. Rodrigo de Arias.

La joven tembló al escuchar aquellas palabras, y el doctor Escalante quedó anonadado bajo el peso de tan injusta y grave acusación.

— ¿ Confesáis? dijo el magistrado á Doña Guiomar.

La infeliz señora no se atrevió á articular una sola palabra.

— Bien, añadió el oidor; tenemos medios para arrancaros á vos ó á él esa confesión que os obstináis en no hacer voluntariamente. Dirigiéndose en seguida al escribano, dijo:

— Poned al doctor Escalante en el tormento.

— ¡ Por el amor de Dios! gritó Doña Guiomar, ¡ deteneos! Mi padre es inocente; nada sabe; él dormía cuando fué sustraído el proceso. No le atormentéis.

La pobre joven cayó de rodillas y deshecha en lágrimas á los pies del magistrado. El doctor Escalante estaba pálido de

indignación. Sabía que tenía derecho á reclamar los privilegios de su clase, para no ser sometido á la tortura ; pero no había olvidado que á pesar de aquellos privilegios, él mismo acababa de aplicar el tormento á personas de calificadâ nobleza, comprometidas en la conjuración ; y no extrañaba se hiciese otro tanto con él, resuelta como parecía la Audiencia á llevar aquel asunto hasta el último extremo. Dirigiéndose á su cólega, dijo con fría y altiva dignidad :

— Os he dicho que ignoro quién ha sustraído ese proceso. El tormento que sufre mi alma desde el momento en que descubrí su desaparición, es más cruel que cuantos pudierais aplicar á mi cuerpo. Nada me importa, pues, lo que hagáis de mí.

— Llevadle, dijo el oidor.

Al escuchar aquella orden y al ver que se disponían á ejecutarla, Doña Guiomar no pudo más. El amor filial y el sentimiento de su deber le inspiraron una resolución heroica, y exclamó :

— No hagáis semejante iniquidad ; mi padre es inocente ; os lo juro ; yo soy la culpable ; yo sustraje la actuación secreta.

El doctor Escalante quedó confundido al oír aquella inesperada confesión, y aterrado, fijaba los ojos en su hija, á quien preguntó el magistrado :

— ¿ Y cuál es el motivo que os ha impulsado á cometer tan grave falta ?

— ¿Cuál ? contestó Doña Guiomar ; y después de haber vacilado un momento, añadió :

— Me había comprometido á ayudar á los conjurados en todo aquello que pudiera estar á mi alcance.

— ¡ Oh ! no lo creáis, exclamó el doctor Escalante, que comprendió al momento que su hija se perdía por salvarle ; esa es una ficción que no tiene otro objeto que evitarme el tormento. ¿ Buscáis un culpable ? aquí le tenéis ; yo soy ; yo mismo he destruído la actuación secreta.

— No, señor, dijo la joven; mi padre dormía, yo entré furtivamente en su alcoba y tomé la llave de la gaveta donde estaba guardado el proceso: despertó al tiempo mismo que lo tomaba; me oculté detrás de la puerta del gabinete, y cuando se durmió otra vez, salí, volví á mi cuarto, quemé los papeles y arrojé las cenizas en la huerta de mi casa.

— ¡Imposible! exclamó el doctor Escalante; todo eso es una suposición; ¿quién puede creer que una joven de la edad y condición de mi hija, tomase parte en una conjuración en la cual no se sabe haya entrado mujer alguna? La Audiencia ha visto el proceso de la conjuración y sabe que no hay en ella el menor indicio de lo que asegura esta joven. Declaro que yo hice desaparecer el proceso; soy reo y estoy pronto á sufrir las consecuencias de mi delito. Pero salvad á mi hija; salvadla, continuó con acento desgarrador; por cuanto más améis en este mundo. Yo soy hombre, tengo valor y he vivido más de lo que pudiera esperar. Ella es inocente, es débil y se halla en la primavera de su vida. Salvadla, señor, y recaiga sobre mí únicamente el castigo que tengo merecido.

El juez estaba perplejo entre aquellas dos confesiones igualmente explícitas. Guardaba silencio, sin saber qué resolver, cuando Doña Guiomar, como si hubiese tenido repentinamente una inspiración, dijo:

— ¿Queréis una prueba de que yo fui quien sustraje la actuación?

— Decid, contestó el magistrado.

— Aquí tenéis, añadió la joven, la llave de la gaveta donde estaba guardado el proceso. Id á probarla.

El doctor Escalante quedó aterrado al ver la llave que presentaba su hija y que conocía perfectamente.

— ¡Desgraciada! exclamó el anciano, y cayó sin conocimiento.

Cuando volvió en sí, ya había regresado el escribano, á quien previno el oidor encargado de la averiguación, fuese á ver si

con aquella llave se abría la gaveta. La prueba confirmó el dicho de Doña Guiomar. Había prevenido también el magistrado al escribano hiciese un registro escrupuloso en la huerta de la casa de Escalante, para ver si encontraba algunos restos de las cenizas del proceso ; lo que dió por resultado el hallazgo de dos ó tres pedacitos de papel, con las orillas quemadas, y en las cuales se leían las palabras: *conjuración, D. Rodrig, los Nazar, Alar*; que indicaban ser parte de algunas de las fojas de la actuación, que no habían sido completamente consumidas por el fuego.

El oidor comprendió por aquellas pruebas que quien había sustraído el proceso era efectivamente Doña Guiomar; pero antes de proceder á cualquiera otra medida, una vez que el doctor Escalante había insistido en declararse culpable, consideró prudente consultar á la Audiencia y darle cuenta del estado de la averiguación.

CAPÍTULO XLVIII

El relicario.

La real Audiencia mandó poner en libertad al doctor Escalante y que continuase la averiguación respecto á la complicidad de Doña Guiomar en el delito de sedición. No obstante la confesión de la joven, el Presidente, como los otros individuos del tribunal, dudaban de aquel hecho, que ningún otro dato comprobaba, y se perdían en conjeturas acerca del motivo que hubiese determinado á la hija del oidor á sustraer el proceso secreto, comprometiendo gravemente á su padre.

Pero quien más confundido estaba con aquellos extraordinarios acontecimientos, era el mismo Escalante. No podía ya abrigar la menor duda de que era su hija la que había robado y quemado el proceso; y no acertaba á comprender la causa oculta de aquella extraña y atrevida resolución; pues no creía absolutamente en la pretendida connivencia de su hija con los conjurados.

Atormentado con aquella duda y vivamente afligido por la prisión de Doña Guiomar y por el giro peligroso que tomaba la averiguación, el desgraciado padre, luego que estuvo libre, se ocupó únicamente en imaginar algún arbitrio para salvar á su hija. Consideró, desde luego, que quien podría tal vez darle la clave de aquel misterio, era el mismo D. Rodrigo de Arias, y en la noche del día en que salió del arresto, se dirigió, con

cierta precaución, á la casa del gobernador, á quien por fortuna encontró solo.

Sabía D. Rodrigo la prisión del oidor y su hija; pero, como todos, ignoraba la causa de tan extraordinaria providencia. La aparición del doctor Escalante en su casa y á aquella hora, excitó, pues, vivamente su curiosidad. Recibió con atención cortesana al anciano, que se expresó en estos términos:

— Sabéis sin duda, caballero, la dura persecución de que hemos sido objeto en estos días mi hija y yo.

— Sí, señor doctor, contestó D. Rodrigo; sé que habéis sufrido una prisión que ha sorprendido á todo el vecindario, que no aguardaba semejante procedimiento, cuya causa es un secreto para todos.

— La causa de nuestros procedimientos, señor de Arias, replicó el oidor, sois vos.

— ¿Yo? dijo el gobernador, asombrado. ¿En qué concepto? Explicaos.

— Voy á hacerlo, contestó Escalante. De hoy más, nada hay ya de común entre esos hombres y yo. La cruel é injustificada severidad con que he sido tratado, ha abierto un abismo que me separa de ellos para siempre. Así, no tengo por qué ocultaros nada.

Por disposición de la Audiencia, instruí una actuación secreta para averiguar la parte que habéis tomado en la conjuración de los Nazarenos y en los alborotos que ocurrieron con motivo del entredicho de la Concepción. Ese proceso, en el cual aparecía plenamente comprobada vuestra participación en aquellos sucesos, estaba en mi casa, encerrado cuidadosamente en una gaveta de mi papelera. En la noche víspera del día en que iba á verse aquella actuación en el tribunal, una persona que por entonces no pude saber quién era, entró en mi alcoba mientras yo dormía, tomó la llave de la gaveta, pasó al gabinete y extrajo el expediente; hecho que no advertí sino hasta el siguiente día. Me fué preciso presentarme, abru-

mado de vergüenza, al tribunal y referir lo ocurrido, haciendo una relación exacta de la disposición de mis habitaciones y las de mi hija. Se sospechó fuese ésta la autora de la sustracción del proceso y se la redujo á prisión, lo que también se hizo conmigo, pues sobre mí recaían igualmente las sospechas.

— Parece, señor doctor, dijo D. Rodrigo, idea muy extraña la de achacar á vos ó á vuestra hija la desaparición de aquel proceso.

— Igual juicio formé yo, caballero. Seguro de mi inocencia, creía poder estarlo igualmente de la de mi hija ; pero desgraciadamente me engañaba.

— ¿ Cómo ? preguntó el gobernador asombrado, ¿ Fué pues, vuestra hija quien sustrajo la actuación ?

— Fué ella, respondió el oidor con la expresión del más profundo abatimiento. No quise creerlo, aun después de haber escuchado la confesión de su propia boca ; suponiendo que la idea generosa de salvarme del tormento, la inducía á condenarse. Pero ella misma suministró tales pruebas en apoyo de su declaración, que fué ya imposible dudar de su veracidad.

— ¿ Pero qué motivo puede haber inducido á vuestra hija á dar un paso tan grave ? dijo D. Rodrigo.

— El que ella ha manifestado, respondió el oidor, es que tenía conexiones con los conjurados y que se habia comprometido á ayudarlos en cuanto pudiera. Esto es, caballero, lo que me ha movido á venir á buscaros, para que por amor de Dios, me digáis si es cierto que la desgraciada Guiomar ha tenido la imprudencia de comprometerse de alguna manera en un asunto tan ajeno de su sexo. Yo no puedo, no debo creerlo ; necesito oirlo de vuestros labios para convencerme.

— Señor doctor, contestó D. Rodrigo, creo poder aseguraros que vuestra hija no tenía la menor conexión con los conjurados.

— Es lo que yo he creído, replicó Escalante. Pero entonces ¿ qué puede haberla inducido á sustraer la actuación secreta ?

— Lo ignoro absolutamente, respondió el gobernador ; y después de un momento de silencio, como si le hubiese asaltado súbitamente una idea, añadió :

— Lo que me habéis dicho me ha hecho recordar un incidente en que de pronto no fijé mucho mi atención.

Y diciendo esto, abrió un registro de su papelería, sacó un relicario de oro y poniéndolo en manos del oidor, dijo :

— ¿ Conocéis, por ventura, este relicario ? ¿ Sabéis á quién haya pertenecido ?

El doctor Escalante aproximó á una vela el objeto que le presentó D. Rodrigo, y oprimiendo un resorte oculto que tenía la alhaja, se abrió ésta y dejó ver unos cabellos que cubrían dos letras, al parecer iniciales, grabadas en el fondo del relicario. El asombro se pintó en el semblante del doctor, que exclamó :

— ¡ Dios mío ! ¡ el relicario de mi esposa ! ¿ Cómo ha venido esta alhaja á poder vuestro ? ¿ Quién os la ha dado ?

— ¿ Quién me la ha dado ? contestó el joven, no sabré decíroslo. ¿ Cómo ha venido á mis manos ? De una manera harto misteriosa. Cayó sobre la mesa en torno de la cual calebraban sus reuniones los Nazarenos, con un papel que parecía escrito de mano de mujer, en el que se me avisaba que ibais á prendernos, la noche misma en que fuisteis á registrar la casa de los espantos, y pocos momentos antes de que llegaseis.

— Entonces, replicó el oidor, fué también mi hija la que os dió aquel aviso ; pues ese relicario lo llevaba al cuello desde la muerte de su madre, cuyas iniciales están grabadas en el fondo de la cajilla que contiene sus cabellos. ¡ Dios mío ! añadió el anciano, golpeándose la frente con la palma de la mano ; ¿ cómo descifrar este tenebroso enigma ? ¿ cómo salvar á mi hija, si por un motivo ú otro es delincuente, habiendo auxiliado á los conspiradores ?

El gobernador permaneció un rato pensativo, y luego dijo al oidor :

— Sólo vuestra hija misma podría explicar este misterio. Por lo demás, considero urgente pensar en salvarla.

— ¿Y cómo? preguntó el doctor con desesperación. ¿Qué arbitrio legal puede haber para defenderla, cuando ella misma ha confesado y ha suministrado las pruebas de su falta?

— Legal, ninguno, replicó Arias; pero no es tiempo ya de limitarse á los recursos que proporcionan las leyes. Es necesario recurrir á otros.

— ¿Á otros? no; dijo con disgusto el oidor, que á pesar de su vehementísimo deseo de salvar á su hija, experimentaba una repugnancia instintiva á salir del carril de la ley.

— Esos escrúpulos, señor doctor, replicó D. Rodrigo, pueden ser funestos á vuestra hija. Yo voy al fondo de las cosas; estoy seguro de que Doña Guiomar, al sustraer la actuación secreta, ha procedido por alguna causa noble y decorosa, que no alcanzamos á comprender ni vos ni yo. Esto debe bastaros.

— Pero las fórmulas, contestó el magistrado; las fórmulas, D. Rodrigo, ¿cómo salvarlas?

— Yo no entiendo de fórmulas, respondió el gobernador. ¿Queréis ó no salvar á vuestra hija de una pena severa é infamante?

— ¡Si lo quiero, decís! respondió el desdichado padre; aunque fuese á costa de mi vida le ahorraría yo el más pequeño sufrimiento.

— No es menester tanto, dijo D. Rodrigo. Haced lo que voy á indicaros y Doña Guiomar se librará de sus perseguidores.

— Explicaos, dijo el oidor con ansiedad.

— Tengo un medio seguro, replicó el gobernador, para sacar á vuestra hija de la prisión...

— ¡Una fuga! interrumpió asombrado el doctor Escalante.

— Precisamente, contestó Arias, una fuga; ¿qué otra cosa queréis que se haga, cuando ella misma se ha declarado culpable? Tomad esa pluma, añadió, señalando al tintero que

estaba sobre la mesa, y escribid á vuestra hija dos palabras. Decidle únicamente que haga todo lo que le indique el que le entregará ese papel.

El oidor tomó maquinalmente la pluma y después de haber trazado rápidamente unas pocas líneas, lo puso en manos de D. Rodrigo y le dijo :

— ¡Pero por Dios, caballero, explicadme vuestro proyecto; decidme lo que vais á hacer!

— Permitidme que aun no os revele mi plan, contestó el gobernador. Fiaos en mí y dejadme hacer. Vuestra hija se ha comprometido por salvarme. Ignoro el motivo que la ha inducido á hacerlo; pero sea cual fuere, seria yo el más despreciable de los hombres, si no emplease en su favor todos los medios que están á mi alcance.

— Bien, caballero, dijo el oidor; á vuestra hidalguía y prudencia fio este asunto, que me interesa más que mi misma vida. Devolvedme á mi hija y pediré á Dios os colme de bendiciones.

Visiblemente conmovido el anciano, se despidió del gobernador, quien, en cuanto estuvo solo, se sentó á reflexionar durante un rato. La conducta de Doña Guiomar era un misterio para él; pues jamás había ni sospechado siquiera el amor profundo y silencioso que inspirara á aquella pobre joven, á quien había encontrado varias veces en el palacio del Presidente y en otras partes, fijándose apenas en ella. Una sola mujer ocupaba el alma del joven gobernador, y las demás apenas atraían sus miradas.

Don Rodrigo llamó á uno de sus lacayos y le previno fuese á palacio, procurase hablar con Adriano, el paje del Adelantado, sin que lo notase persona alguna, y lo llamase de su parte. En aquel joven, tan audaz como inteligente, y sobre quien ejercía D. Rodrigo mucha influencia, habiendo estado, como saben nuestros lectores, afiliado á la asociación de los Nazarenos, había pensado el gobernador, cuando formó el

proyecto atrevido de sacar de la prisión á Doña Guiomar. El lacayo volvió y dijo haber hablado con Adriano, quien le encargó manifestase á su señor serle imposible salir aquella noche, por estar en turno de servicio ; pero que iría al día siguiente.

El paje cumplió su oferta. D. Rodrigo se encerró con él en su gabinete durante cerca de una hora, y todo quedó arreglado para la evasión de la joven, que debía verificarse en la noche del siguiente día, conforme al proyecto de D. Rodrigo, que no quiso comunicarlo al doctor Escalante, temeroso de que se opusiese á ello por considerarlo demasiado expuesto para su hija, cuya situación se agravaría, si el conato de fuga se frustraba y era descubierto.

CAPÍTULO XLIX

La fuga.

La noche señalada para que tuviese efecto la fuga de Doña Guiomar, á las siete en punto se dirigió Adriano á la sala donde estaba encerrada la joven, y era, como hemos dicho, una de las de la Audiencia. La parte del edificio que ocupaba el tribunal, estaba comunicada con el patio á donde caían las habitaciones del Presidente; y como el paje sabía dónde se guardaba la llave, como también la de la pieza que servía de arresto á la hija del oidor, pudo apoderarse de una y otra con facilidad y mandar hacer otras dos iguales, lo que se ejecutó inmediatamente, sabiéndose que Adriano era el paje de confianza del Adelantado.

Á la hora referida, pues, se dirigió á la puerta de comunicación, abrió y pasando á la parte del palacio ocupada por la Audiencia, penetró en la sala donde se hallaba Doña Guiomar de Escalante. La joven estaba pensativa y el abatimiento se pintaba en su semblante. Su salud, siempre delicada, se había resentido notablemente de la agitación violenta de su ánimo.

— Señora, dijo el paje, siguiendo las instrucciones de D. Rodrigo; vuestro padre me envía á proporcionaros los medios de escapar de esta prisión y de los peligros graves que os amenazan. Leed este papel, que acredita la delicada comisión que me ha sido encargada.

Tomó Doña Guiomar el billete cerrado, y después de haberlo abierto y leído, contestó al paje :

— Estoy pronta á hacer lo que mi padre manda; y puesto que poseéis su entera confianza, decidme qué debo hacer.

— Dejar el traje que lleváis, dijo Adriano y vestir, sin pérdida de un momento, el que aquí os traigo, y es uno de los míos.

Ruborizóse Doña Guiomar á la idea de cambiar de vestido delante de aquel joven; y comprendiendo éste el embarazo de la dama, agregó :

— Podéis hacer de cuenta que no estoy presente; y abriendo una ventana que daba á un patio interior de la Audiencia, se echó en el antepecho, volviendo la espalda á Doña Guiomar. Colocó ésta un antifaz delante de la vela, y en un rincón de la sala cambió su traje, y recogiendo sus cabellos negros y en sortijados bajo del sombrero de Adriano, quedó convertida en un agraciado joven de diez y seis años.

— Estoy pronta, dijo; ¿qué debo hacer ahora?

— Marcharos inmediatamente, contestó el paje. Seguid el corredor hasta llegar á la puerta pequeña que está en el extremo, y que encontraréis abierta. Pasad al otro patio por el corredor adonde caen las habitaciones de Doña Elvira, buscad la escalera excusada, bajad al patio y fácilmente hallaréis la puerta que da á la calle. Es hora en que aun está abierta; salid y dirigios á la esquina del portal del cabildo, donde encontraréis un coche con dos mulas negras. Entrad en él; ahí está vuestro padre y otra persona que se interesa por vos.

— ¿Y vos qué haréis? preguntó Doña Guiomar, sin fijarse en la última frase.

— Yo, dijo Adriano, ocuparé vuestro lugar mientras viene el mayordomo á traeros la colación. Según estoy informado, esto sucede todas las noches á las siete y media; son las siete y cuarto; partid sin perder un momento; van á tomaros por mí, engañados por el traje; si os habla alguno ó quiere deteneros, seguid adelante sin hacer caso.

La joven comprendió que todo aquello era algo peligroso ; pero la orden del oidor era terminante ; y así no vaciló. Salió de la sala embozada en la capa y con el sombrero hasta los ojos.

Luego que Doña Guiomar hubo desaparecido, Adriano se puso los vestidos que ésta había dejado y se acostó en la cama, aguardando la llegada del mayordomo. Dejémoslo ahí, y veamos lo que sucedió á la hija del oidor.

Siguiendo fielmente el itinerario que le trazara el paje, la joven salió al patio á donde caía la vivienda del Presidente y su familia, y tomó el corredor, pasando delante de las habitaciones de Doña Elvira. Iba ya acercándose á la escalera, para bajar al piso inferior, cuando se abrió la puerta del gabinete de la esposa del Adelantado. Salía ésta en aquel momento, y viendo al paje de su marido, dijo :

— Adriano.

Doña Guiomar no contestó y apresuró el paso. Entonces Doña Elvira, extrañando aquella falta del paje, repitió :

— ¿ Qué significa esto, Adriano ? ¿ No oyes que te llamo ?

Doña Guiomar temblaba y quería continuar alejándose ; pero Doña Elvira anduvo de prisa, y tomando la capa del que ella suponía ser el paje de su marido, dijo :

— Por cierto que extraño tu conducta, Adriano. Esta falta de respeto puede costarte muy cara.

La hija del oidor hacía por desasirse de Doña Elvira y no contestaba una sola palabra. Entonces ésta, más admirada de aquella persistencia, tiró fuertemente de la capa y dejó descubierto el rostro de Doña Guiomar, que iluminaba la luz de un reverbero, colocado en la extremidad del corredor.

La esposa del Adelantado dió un grito de asombro, y la joven se quedó como petrificada.

— ¿ Sois vos, Doña Guiomar ? dijo Doña Elvira ; apenas puedo creerlo. ¿ Cómo habéis salido de la prisión ? ¿ Qué significa este disfraz ?

— Señora, contestó la joven, creo deber hablaros con entera franqueza y fiarme en vuestra generosidad. Mi padre me ha enviado un mensaje por medio de Adriano, diciéndome que hiciese puntualmente cuanto él me indicase. Me ha dicho que me pusiera este traje y que saliese del palacio, yendo á reunirme con él, que me aguarda en un coche en la esquina del portal del cabildo. He obedecido y mi desgracia ha querido que salieseis cuando yo pasaba. Haced de mí lo que os parezca; mi suerte está en vuestras manos.

Doña Elvira permaneció un momento pensativa. Había visto con cierta secreta complacencia la prisión de aquella joven, cuyo amor á D. Rodrigo le era perfectamente conocido. Ignoraba la causa de la prisión, pues se conservaba reservada, y aunque su marido la sabía, no estaban las relaciones de los dos esposos bajo aquel pie de intimidad que hace posibles y naturales las confidencias en un matrimonio. Quizá si hubiese sabido Doña Elvira que Doña Guiomar sufría por haber salvado á D. Rodrigo, los celos le hubieran inspirado algún pensamiento contrario á los impulsos de su natural generosidad; pero en aquel momento, no vió más que una mujer desgraciada, y dijo:

— Ignoro, Doña Guiomar, la falta de que se os acusa y que ha dado origen á vuestra prisión. Pero sea cual fuere, no soy yo quien hará más aflictiva vuestra situación. Venid, voy á conducirlos hasta el piso bajo, no sea que os encontréis con alguno que, engañado por la apariencia como yo, quiera deteneros. Dicho esto, Doña Elvira se dirigió á la escalera, seguida de la hija del oidor. Llegaron sin accidente alguno á la galería baja del palacio, acompañando Doña. Elvira á Doña Guiomar hasta cerca de la puerta de la calle.

— Ya estáis en salvo, dijo la esposa del Adelantado.

— Jamás olvidaré, señora, lo que habéis hecho por mí esta noche, contestó la joven; y se dirigió á la puerta, mientras Doña Elvira, pensativa y preocupada, volvía á sus habitaciones.

La noche estaba oscura. Doña Guiomar atravesó precipitadamente la plaza y se encaminó á la esquina del portal del cabildo. Pronto distinguió el coche con las dos mulas negras; se acercó á él y abriendo la portezuela, tomó asiento en la testera y estrechó contra su pecho al doctor Escalante, que abrió los brazos para recibirla. La pobre joven que se deshacía en lágrimas, no advirtió de pronto que había otra persona en el carruaje; un caballero que estaba sentado al vidrio y á quien no pudo conocer, á causa de la oscuridad.

— Á casa de D. Antonio de Montúfar, dijo el desconocido, levantando un poco el vidrio y dirigiéndose al cochero.

Doña Guiomar se estremeció al escuchar aquella voz, cuyo acento le penetró hasta el corazón. El oidor, que aun tenía abrazada á su hija, dijo á la joven, como para tranquilizarla:

— Este caballero, hija mía, es D. Rodrigo de Arias, á quien debo tu salvación. Sin su intervención generosa, no tendría yo ahora el gusto de estrecharte entre mis brazos.

— Es mucha bondad, tartamudeó Doña Guiomar, en este caballero, el favorecer á una desgraciada como yo.

— Un deber sagrado, señora, replicó el gobernador, me prescribía hacer lo que he hecho; y lo que siento es que mi intervención haya venido tan tarde.

Doña Guiomar no dijo ya una sola palabra; y como la casa adonde se dirigían no estaba distante, pronto paró el coche delante de una puerta. Era la casa del capitán D. Antonio de Montúfar, donde habían convenido el oidor y D. Rodrigo que se ocultase Doña Guiomar, considerando que no era prudente fuese á la casa de su padre. El gobernador tenía íntima amistad y aun algún parentesco con la familia por los Maldonados, y fácilmente pudo allanar con D. Antonio el que recibiera en su casa á la hija del doctor Escalante. Había en aquella casa una especie de santuario al cual no penetraban sino muy de tarde en tarde los individuos de la familia, y era un saloncito donde D. Antonio trabajaba sus pinturas. Aquella fué la

pieza escogida para que se ocultase Doña Guiomar, á quien verían solamente de vez en cuando y con ciertas precauciones Don Antonio, su esposa y el doctor Escalante.

Dejémosla, pues, en aquel taller del artista, donde por lo pronto al menos se encuentra asegurada contra la persecución de los magistrados, y veamos que fué del paje de D. Enrique, que disfrazado con el traje de la joven, quedó aguardando la llegada del mayordomo de palacio.

CAPÍTULO L

Donde se ve el peligro que suele haber en parecer uno lo que no es.

Después de haber vuelto á cerrar con llave las dos puertas que había tenido necesidad de abrir para introducirse en la pieza donde estaba arrestada Doña Guiomar, Adriano se acostó en la cama de la joven, por precaución, y se cubrió la cara con un pañuelo, á fin de no ser conocido por el mayordomo. El astuto paje había tomado perfectamente sus informes con los criados que acompañaban á éste cuando se servía la comida á la hija del oidor, y sabía por ellos que Doña Guiomar no hablaba sino lo puramente necesario, y que las más veces no se cruzaba una sola palabra entre ella y los sirvientes. Contaba, pues, con que al ver en la cama á la fingida Doña Guiomar, se creería que estaba indispuesta y no se la molestaría.

Á las siete y media se abrió la puerta; pero la fatalidad hizo que no entrase solo el mayordomo de palacio. Iban con él el oidor encargado de la averiguación relativa á la pérdida de la actuación secreta y el escribano de cámara. Adriano se estremeció al ver á aquellos dos sujetos, suponiendo que irían sin duda á practicar alguna diligencia judicial con Doña Guiomar. Hasta entonces comprendió el aturdido mancebo todo el peligro de la aventura en que se había mezclado. Cerró los ojos para fingir que dormía.

— Señora, dijo el magistrado, acercándose á la cama; tengo

el sentimiento de venir á comunicaros que la Audiencia, persuadida de que al sustraer la actuación secreta, habéis procedido por alguna sugestión extraña, en la necesidad de averiguar quién os ha inducido á cometer semejante falta, para que recaiga sobre él todo el peso de la ley, me ha prevenido venga á interrogaros sobre este punto.

Adriano guardó silencio; visto lo cual, el oidor añadió :

— Reflexionad, señora, que os exponéis gravemente, si persistís en no confesar: debo decíroslo todo, estoy resuelto á aplicaros ahora mismo el tormento.

El pobre paje vió que su situación era aun más crítica que lo que había imaginado y no hallaba arbitrio humano para salir de aquel atolladero. No se atrevía á proferir una palabra, lo cual parecía ya muy extraño al oidor y á los que le acompañaban.

— ¿Persistís en callar, señora? dijo el magistrado; y como no recibiese respuesta, añadió :

— Seguidme.

Adriano permaneció en la cama sin moverse. El oidor entonces dijo al mayordomo y al escribano que obligasen á Doña Guiomar á levantarse y la condujesen al calabozo donde estaba el potro. Apresuráronse éstos á ejecutar la orden; pero al levantar al paje, viéndose descubierto, bajó precipitadamente de la cama, y cayendo de rodillas delante del magistrado, exclamó:

— ¡ Por piedad, señor, salvadme !

Estupefactos quedaron el magistrado, el mayordomo y el escribano, al reconocer al paje del Adelantado.

— ¿Qué hacéis aquí? preguntó el oidor. ¿Qué significa ese disfraz? ¿Qué se ha hecho Doña Guiomar?

Adriano temblaba y no sabía cómo responder á aquellas preguntas. Por último dijo tartamudeando :

— Señor, todo ha sido una grandísima imprudencia de mi parte, bien lo conozco; un acto de compasión, cuyo peligro

no calculé. Doña Guiomar se ha fugado hace un instante.

— ¿Y vos le habéis proporcionado la salida y probablemente vuestros propios vestidos? dijo el oidor.

— Sí, añadió el mayordomo; seguramente se contaba con que yo vendría solo, como todas las noches, á traer la colación á la prisionera, y engañado con el disfraz de este tunante, no le hablaría una sola palabra y todo pasaría sin la menor dificultad.

— Joven, dijo el oidor, dirigiéndose á Adriano: vuestra falta es grave. Vais á ser conducido al calabozo, en tanto que doy aviso á vuestro amo de lo ocurrido.

Diciendo esto el mayordomo de palacio y el escribano, sin dar tiempo al pobre mozo á que se despojase del traje de mujer, le asieron por los brazos, le obligaron á salir de la sala y le encerraron en un oscuro y estrecho calabozo.

El oidor pasó inmediatamente á ver á D. Enrique y estuvo encerrado durante un cuarto de hora con él, dándole cuenta de la extraordinaria ocurrencia que motivara la prisión de su paje. El Adelantado oyó con asombro la relación del magistrado y le recomendó encarecidamente procurase arrancar á Adriano, por cualquier medio, una explicación satisfactoria.

El pobre joven pasó la noche en el calabozo, y al siguiente día el oidor dió cuenta de lo ocurrido al tribunal. Se consideró que aquel no era un hecho aislado; que el paje debía haber procedido en combinación con otras personas y se encargó al magistrado agotase los recursos legales hasta descubrir á quien ó á quienes hubiese servido Adriano de instrumento.

El paje tenía ya preparada una historia, en la que aparecía haber procedido por inspiración propia y movido únicamente por la compasión que le causaban los padecimientos de Doña Guiomar. Contaba con que aquella excusa y su edad, harían considerar el hecho como disculpable; pero pronto conoció el pobre mozo que no se las había con un hombre á quien fuese

fácil engañar. El oidor no creyó una palabra de lo que dijo Adriano y le exigió confesase por consejo de quién había favorecido la fuga de Doña Guiomar. No quiso el joven comprometer á un personaje de tanta importancia como el gobernador y persistió en asegurar que no había procedido por sugestión ajena. Entonces el oidor se decidió á poner al paje en el potro. Adriano se estremeció al ver entrar á su antiguo conocido el verdugo, y á sus ayudantes, y al momento se le representaron los horrorosos padecimientos que en aquel mismo odioso aparato había visto sufrir á D. Dieguillo. Alistaron la máquina con la impasibilidad con que acostumbraban hacer aquellos preparativos, desnudaron al mozo y le ataron al potro. El oidor le requirió por última vez para que declarase; no quiso Adriano confesar, y á una señal del magistrado, las cuerdas se hundieron en las carnes del pobre joven, que lanzó un grito penetrante.

— ¿Quién os instigó para que procuraseis la fuga de Doña Guiomar de Escalante? dijo el oidor.

Adriano guardó silencio. El torno dió una nueva vuelta, y el paje, vencido por el dolor, gritó :

— Don Rodrigo de Arias.

— Bien, dijo el magistrado ; por fin os resolvéis á hablar la verdad. Decidlo todo, sin ocultar la más pequeña circunstancia, si queréis evitar nuevos sufrimientos.

El paje hizo entonces una relación exacta y detallada de su conversación con D. Rodrigo, cuando éste le llamó para disponer la fuga de Doña Guiomar; dijo cómo se había apoderado de las llaves, introduciéndose en la prisión, cambiando los trajes é indicando á la joven la dirección que debía seguir, hasta encontrar el coche donde la aguardaban el oidor y el mismo D. Rodrigo.

Después de aquella confesión, que pareció verídica al magistrado, mandó retirar del potro á Adriano, que ratificó todo cuanto había declarado en el tormento. El oidor refirió después

á D. Enrique la declaración de su paje ; y entendiendo por ella el Adelantado que D. Rodrigo era quien dirigiera la evasión de Doña Guiomar, al momento se propuso sacar partido de aquel incidente.

Llamó al mayordomo de palacio y le dijo sabía, por la declaración de Adriano, que aquel mozo atolondrado se había comprometido imprudentemente, instigado por otra persona, interesada en la evasión de la hija del doctor Escalante. Que tenía lástima de él y deseaba emplear su valimiento con los señores del tribunal, á fin de evitarle el castigo que tenía merecido. Pero que para no mostrarse demasiado blando, quería que Adriano suplicase y recurriese á la intervención de Dña. Elvira, haciendo á ésta una confesión franca y explícita de cuanto había ocurrido, sin ocultarle la más pequeña circunstancia. Dijo al mayordomo que fuese á ver al paje y le aconsejase aquel paso, como nacido de él mismo, y que mandase suplicar á Doña Elvira fuese á verle á la prisión. Hízolo así el mayordomo ; pintó á Adriano la gravedad de la falta que había cometido y agregó que para evitarse un castigo severo, se acogiese á la clemencia de sus amos, suplicándoles interviniesen en su favor. El joven estaba sumamente afligido y quebrantado por el tormento. Tembló á la idea de sufrir un nuevo castigo y acogió con gratitud las indicaciones del mayordomo. En consecuencia, mandó suplicar á su señora fuese á verle, á lo que se prestó Doña Elvira, pues tenía afecto á aquel joven, que había sido siempre respetuoso y bueno con ella.

Pasó á la prisión y Adriano le hizo una relación completa de cuanto había ocurrido, concluyendo por suplicarle interviniese por él con el Adelantado.

Cuando oyó Doña Elvira que la evasión de Doña Guiomar había sido dispuesta por D. Rodrigo, y que éste aguardaba á la hija del oidor en un coche, para conducirla al lugar donde estaría oculta, sin duda, sintió que el aguijón agudo de los

celos le punzaba cruelmente el corazón. Sin atender ya á otra cosa, salió de la cárcel, donde quedó abandonado el pobre paje, que después de haber servido de instrumento para la evasión de Doña Guiomar, servía ahora á la venganza del Adelantado.

CAPÍTULO LI

El retrato de la monja.

Atormentada por la rabiosa furia de los celos, Doña Elvira no volvió á tener tranquilidad desde el momento en que Adriano le reveló todo lo ocurrido con respecto á la fuga de Doña Guiomar. Creyó descubrir cierta inteligencia entre D. Rodrigo y la hija del doctor Escalante y se consideró traicionada por el hombre á quien amaba. Dirigió todo su empeño á descubrir el punto donde se había ocultado Doña Guiomar, y valiéndose con habilidad de medios indirectos, llegó al fin á averiguar que el coche en el cual entrara la joven señora la noche en que se escapó de la prisión, había parado frente á la casa de D. Antonio de Montúfar. Una vez en posesión de aquel dato importante, la celosa dama trazó su plan para averiguar si realmente era aquella la casa donde se hallaba su rival.

Doña Elvira estaba relacionada con la esposa de D. Antonio; Doña Isabel Puerta Colindres, y la visitaba con frecuencia. Una mañana se presentó, pues, en casa de Montúfar, y encontró á la señora en conversación con su marido. Doña Elvira sabía que D. Antonio tenía su gabinete de trabajo en un punto retirado de las habitaciones de su familia, y aquella circunstancia le hizo sospechar se hubiese escogido aquella pieza para ocultar á la hija del doctor Escalante. Hizo recaer la conversación en Doña Violante de Padilla, cuya reciente profesión había llamado la atención pública algunos días antes, y

una vez en aquel terreno, Doña Elvira pudo desarrollar su plan con facilidad.

— Toda la ciudad, señor D. Antonio, dijo la esposa del Adelantado, hace grandes elogios de un retrato de Doña Violante, que se dice acabáis de concluir. Aseguran que es vuestra obra maestra.

— No siendo yo, señora, contestó Montúfar, más que un aficionado, es natural se vean con indulgencia mi pobres trabajos. En cuanto al retrato de esa religiosa, que he pintado por complacer á sus parientes inmediatos, puedo aseguraros que ha sido una de las obras que me han dado más trabajo. Había tal expresión de beatitud angélica y al mismo tiempo de acerbo sufrimiento en el rostro de Doña Violante, que el pincel era casi impotente para expresarla.

— Esa no es más que modestia, caballero, dijo Doña Elvira. Quien ha sabido reproducir tan al vivo y con tanta maestría en los cuadros del Calvario los diferentes pasos de la pasión de nuestro Señor Jesucristo, ha dado grandes pruebas de que sabe vencer cualquiera dificultad. Yo me holgaría mucho, señor D. Antonio, de poder apoyar en el testimonio de mis propios ojos, el juicio que fundo en la idea justa que tengo de vuestra habilidad. ¿Queréis permitirme penetrar en vuestro estudio y ver el retrato de la monja?

Don Antonio y su esposa no aguardaban semejante solicitud. La que la hacía era una persona de harta importancia para poderle rehusar la satisfacción de un deseo tan natural y sencillo al parecer, y expresado además con tan exquisita urbanidad. Ambos esposos estaban sumamente embarazados y no hallaban cómo salir del apuro; embarazo que no se ocultó á Doña Elvira y que la confirmó en sus sospechas de que en aquella casa y en el estudio del pintor estaba oculta su aborrecida rival.

— Señora, dijo D. Antonio, no me atrevo á llevaros á una pieza desamueblada, revuelta, donde el olor de las pinturas

podría causaros un vértigo. Sólo el que está habituado como yo, puede entrar sin disgusto en mi estudio.

— Dejad esos escrúpulos de cortesano, D. Antonio, contestó Doña Elvira riéndose con amabilidad. He visitado en Sevilla muchos estudios de artistas y jamás he sentido novedad alguna. Yo os pido, y si me es permitido expresarme así, exijo esta prueba de confianza de vuestra parte.

Al decir esto, la joven señora se puso en pie. Don Antonio y su esposa vieron que no era posible hacerla desistir y salieron de la sala, encaminándose todos hacia el estudio. Al llegar delante de la puerta, dijo D. Antonio en voz alta :

— Puesto que os empeñáis, señora Doña Elvira, en penetrar en esta pieza revuelta, habré de satisfacer vuestro deseo, por más pena que me cause introducirlos en ella.

Dicho esto, abrió, entró Doña Elvira y tras ella D. Antonio y su esposa. Doña Guiomar, que escuchó perfectamente las palabras del capitán Montúfar, comprendió al momento lo que pasaba; echó en torno una mirada rápida y tomando prontamente su resolución, se ocultó detrás del retrato de la monja, que estaba ya colocado en su bastidor.

Doña Elvira se detuvo á poca distancia del cuadro, contemplándolo al parecer con admiración.

— Es asombroso, D. Antonio, dijo la esposa del Adelantado, y veo que la fama no exagera en lo más pequeño el mérito de vuestra última obra. ¡ Qué santa melancolía la de ese rostro, en que brilla la expresión del triunfo de la piedad sobre las pasiones del mundo ! ¡ Qué delicadeza de formas ! ¡ Qué acertada combinación de sombra y de colores ! La semejanza es perfecta, y sin embargo, no es ya una criatura humana; hay en esa figura un reflejo anticipado de la vida del cielo.

Don Antonio escuchaba complacido aquel breve y estusista análisis de su obra. El amor propio del artista, ampliamente satisfecho, le hizo olvidar por un momento el peligro que corría Doña Guiomar. Creyó haberse equivocado al pensar que

Doña Elvira hubiese tenido una intención oculta al pedirle con tan vivas instancias que le mostrase aquel cuadro. Pero pronto se disipó aquella ilusión. La esposa del Adelantado puso sus dos manos sobre los ojos, como para recoger la vista, y dijo :

— Pero me parece que esta magnífica obra no está á la luz que le corresponde. Con vuestro permiso, voy á variarle sitio; pues creo que así aun ganará más la pintura.

Diciendo esto, fué á quitar el cuadro del lugar en que estaba colocado. Don Antonio y su esposa, que calcularon desde luego dónde se había ocultado Doña Guiomar, se estremecieron al escuchar las últimas palabras de Doña Elvira. Pero cuando ponía ésta la mano en la orilla del bastidor, D. Antonio, su esposa y Doña Elvira oyeron á sus espaldas la voz de un hombre, temblorosa y agitada por la emoción, que dijo en tono imperioso :

— ¡ No la toquéis !

Los tres volvieron la cabeza, para ver quién había proferido aquellas palabras, y se encontraron con un hombre joven todavía, pero con el rostro surcado ya por hondas arrugas ; pálido, extenuado, fijaba en el retrato de Doña Violante sus negras y dilatadas pupilas, con una expresión extraña de ternura y de terror. El traje de aquel joven, aunque de buenas telas y poco usado, estaba hecho jirones. Había entrado sin ser advertido y colocándose detrás del grupo que formaban el pintor y las dos señoras.

— ¡ Don César ! exclamaron al mismo tiempo Doña Elvira, Don Antonio y su esposa.

Era efectivamente el pobre loco. Antes de explicar su aparición en el estudio del artista en aquel momento, tenemos que volver un poco atrás en nuestra narración. Después de la escena terrible del sótano, de que dimos noticia en uno de los anteriores capítulos, las gentes de la familia de Carranza descubrieron el cadáver de D. Fadrique, á quien buscaban sus padres por todas partes. No faltó quien recordara haber visto

entrar á aquel joven en casa de D. Tomás el día mismo en que había desaparecido; y con aquel indicio, se le buscó hasta en el último rincón, encontrándose al fin el cuerpo de Guzmán, inanimado y frío, al pie de la mesa donde se veía un montón de tejos de cobre. Se interrogó á D. César y explicó sencillamente que habiendo tenido que pagar veinte mil pesos á Don Fadrique, por cierto legado del difunto D. Silvestre, se encerraron en el sótano para contar la suma, y que rendido Guzmán por el cansancio, por haberse repetido la operación cinco ó seis veces, se había quedado dormido. Comprendieron al momento que el desventurado D. Fadrique había sido víctima de aquel demente, cuya desaparición, que tuvo también en mortal inquietud á D. Tomás de Carranza y á su esposa, quedó ya perfectamente explicada. La familia de D. Fadrique no tuvo más que deplorar aquella desgracia, no pudiendo hacer cargo alguno á D. César, cuya enajenación mental era evidente. Nadie supo el secreto terrible que encerraba aquel hecho espantoso.

Don César continuó dando pruebas de demencia. Melancólico y retirado unas veces, pasaba los días y las noches encerrado en su habitación, sin dejarse ver y sin tomar alimento. Excitado otras, salíase á la calle y daba vueltas en torno de la Concepción, dirigiendo á las paredes miradas llenas de furor. En aquellos momentos se arrancaba los cabellos y rasgaba sus vestidos.

Un día recordó el loco haber oído decir que D. Antonio de Montúfar estaba haciendo, en vísperas de la profesión de Doña Violante, un retrato de la joven novicia, por encargo de su familia. Calculó que aun debía encontrarse el cuadro en el estudio del pintor, que estaría dando los últimos perfiles á la obra, y se dirigió á casa de D. Antonio. Don César conocía el gabinete donde trabajaba Montúfar, y se fué derecho hacia aquella pieza, cuya puerta vió abierta. La casualidad quiso que esto sucediese en el momento en que Doña Elvira de La-

gasti se encontraba en el estudio con D. Antonio y su esposa, y como éstos tenían en aquel instante vivamente excitada su atención, no advirtieron la entrada del loco, sino cuando gritó á Doña Elvira, que iba á retirar el cuadro: ¡ No la toquéis! Aquel incidente salvó á Doña Guiomar. Don César se colocó resueltamente delante del cuadro, y repitió con tono amenazador:

— Nadie la toque, ¡ vive Dios! porque se escapará del lienzo para volverse al cielo. No la toquéis, repitió sollozando; os lo pido, no con el derecho de esposo, porque aquel amor funesto era un crimen; sí, un crimen horrible; sino con el derecho que da la sangre; porque, ¿ no lo sabéis? Violante y yo somos hermanos; ¡ ja, ja, ja! y rompió en una carcajada estrepitosa y convulsiva. ¡ Qué desenlace para la comedia que está componiendo García!

Don Antonio, que atribuyó aquellas palabras á la enajenación mental de D. César, le tomó la mano bondadosamente y dijo:

— Calmaos, amigo mío. Esta señora es prudente y no querrá ya ocasionar la desgracia que teméis, tocando esa pintura. Pero retirémonos de aquí, pues la vista de ese cuadro os hace daño.

Diciendo esto, Montúfar hizo seña á Doña Elvira y á su esposa para que saliesen del estudio. El loco cayó de rodillas delante del cuadro y poniendo sus labios en el pie descalzo de la monja, exclámo con acento desgarrador:

— ¡ Adiós Violante; hermana mía, adiós.... hasta la eternidad!

Don Antonio, su esposa y Doña Elvira, cuyo corazón estaba devorado por los celos, no fueron dueños de contener el llanto. Montúfar se apresuró á poner término á aquella triste escena, y levantando á D. César, que bañaba con sus lágrimas el pie de la religiosa, le hizo salir del gabinete, siguiéndolos las dos señoras.

CAPÍTULO LII

Delirio.

Doña Elvira salió de casa D. Antonio de Montúfar consternada con el espectáculo que acababa de presenciar. El alma sensible de la esposa del Adelantado olvidó por un momento sus propios dolores ante el dolor inmenso de D. César. Pero el aguijón acerado de los celos volvió pronto á punzarle el corazón. La zozobra de D. Antonio y de su esposa en el momento en que ella iba á retirar el retrato de la monja, la persuadía de la certeza de su sospecha de que en aquella pieza estaba oculta la hija del oidor. Su imaginación alborada le fingía entrevistas misteriosas de D. Rodrigo y Doña Guiomar, en el estudio del artista, y el odio y la desesperación le desgarraban las entrañas y le sugerían ideas de venganza. Sabía que se buscaba con empeño á la fugitiva y el pensamiento de denunciarla á la justicia atravesó su espíritu agitado. En vano procuraba desechar aquel odioso proyecto ; la pasión volvía á sugerírselo, como el único medio de poner un muro de separación entre su amante y su rival.

Combatida por aquellas ideas, pasó el día en la mayor agitación, y cuando entró la noche se encerró en su alcoba, diciendo á sus camareras que se sentía indispuesta y deseaba estar sola. Se arrojó en su cama, vestida y derramando lágrimas de ira y de dolor.

— Se aman, decía, se aman ; pueden amarse sin remordi-

miento; y yo estoy condenada á devorar en el fondo de mi alma esta pasión criminal, y no tengo ni aun el derecho de quejarme y echarle en cara su traición. Y ella es feliz, es amada, le ve, y al fin unirá su suerte á la de ese hombre que me ha jurado tantas veces no ser de otra! ¡Oh! la odio, la detesto y daría la mitad de mi vida por hacerla sufrir la más pequeña parte de los tormentos que despedazan mi alma.

La esposa del Adelantado saltó de la cama como una pantera herida, abrió un escritorio y tomando papel y pluma, trazó con mano convulsiva las siguientes líneas :

“ Doña Guiomar de Escalante está oculta en casa de D. Antonio de Montúfar, en el gabinete destinado á la pintura. ”

Dobló rápidamente aquel papel en forma de esquela, y puso el sobrescrito, dirigido al oidor encargado del proceso instruído con motivo de la desaparición de la actuación secreta. Tiró del cordón de la campanilla, y habiéndose presentado un lacayo, Doña Elvira le previno se quitase la librea, fuese á casa del oidor y entregase aquella carta, sin decir quién la enviaba. Salió el criado á cumplir aquella orden y la esposa del Adelantado volvió á arrojarle en su lecho, satisfecha de haber puesto por obra aquel odioso pensamiento, sugerido por los celos. No habría pasado un cuarto de hora después de la salida del lacayo, cuando se oyeron dos golpes en la puerta de la alcoba. Doña Elvira se estremeció. Era la manera en que había llamado Don Rodrigo en las muy raras entrevistas que había tenido con la joven en su habitación particular. Dudó un momento si abriría; pero el sentimiento que le inspiraba aquel hombre era harto poderoso para que no pudiese triunfar de cualquiera otro. Se levantó de la cama y poco á poco fué dirigiéndose á la puerta, y sin preguntar quién llamaba, como si estuviese segura de que no podía ser otro, abrió, y se encontró frente á frente con el gobernador.

Estaba pálido y parecía presa del más profundo abatimiento. Doña Elvira notó esta circunstancia; pero no podía adivinarlo

que la motivaba. Recibió á D. Rodrigo con semblante severo y dijo :

— ¿ Qué me queréis? ¿ Venís acaso á decirme lo que ya sé perfectamente? ¿ Á confesarme que amáis á otra y disculpar vuestra traición con el pretexto frívolo de la gratitud por el servicio que esa mujer os ha prestado? Todo lo sé, es inútil que me lo digáis y podéis retiraros. No quiero que estéis en mi presencia un minuto más.

Don Rodrigo escuchaba asombrado aquellas palabras. No pudiendo comprender lo que significaban, dijo :

— ¿ Qué queréis decir, Elvira? ¿ De qué traición habláis y qué mujer es esa á quien os referís?

— ¿ Quién? replicó la joven, harto lo sabéis vos. Aquella por quien no habéis vacilado en comprometer villanamente al pobre Adriano, que ha pagado en el tormento el servicio que á vos y á ella os ha prestado.

El gobernador cruzó los brazos sobre el pecho y con acento de amarga reconvención contestó á Doña Elvira :

— Ahora os comprendo ya perfectamente, señora, y no extraño el lenguaje cruel que usáis conmigo. Imagináis que un sentimiento más tierno que el de la gratitud es el que me ha movido á procurar la libertad de esa joven y estáis muy engañada. No he hecho sino cumplir con un deber sagrado. Doña Guiomar, por algún motivo que no acierto á explicarme y que el tiempo aclarará tal vez, hizo desaparecer la actuación secreta que contra mí instruía su padre, comprometiendo gravemente con aquel hecho al oidor y comprometiéndose á sí misma. Sufría por mí y era mi deber pagarle el servicio que me prestara. Me valí de Adriano, muy ajeno de sospechar las tristes consecuencias que el paso ocasionara á este pobre joven. El doctor Escalante y yo condujimos á Doña Guiomar á casa de un amigo, donde está á cubierto de la persecución de la Audiencia y no he vuelto á verla desde la noche de su fuga. ¿ Qué es lo que encontráis en esto que pueda llamarse traición?

¿Quién es el caballero que no habría hecho, en mi caso, lo que yo hice ?

Había tal aire de serenidad en la manera en que se expresaba el gobernador, que Doña Elvira no pudo menos que convenecerse, y avergonzada de sus sospechas, sintió un vivo remordimiento por haber denunciado tan precipitadamente á Doña Guiomar. Por desgracia era demasiado tarde para remediar el mal; pues calculó que en aquel momento se dispondría ya el registro de la casa de Montúfar. La esposa del Adelantado, sin proferir una sola palabra, inclinó la cabeza, sin atreverse á mirar de frente á D. Rodrigo, como si temiese que el noble joven sorprendiera en sus ojos el secreto de su poco hidalga acción.

Pero el gobernador, muy ajeno de imaginar hasta qué extremidad habían llegado los celos de Doña Elvira, estaba en aquel momento harto ocupado en una sola idea, para poder dar cabida á ningún otro pensamiento. Interpretando, pues, el silencio de la joven como una prueba de que había abandonado del todo sus desconfianzas, cambiando de tono, y con acento profundamente triste, dijo :

— Elvira, dejemos ya esos injustos y duros reproches y no amarguéis más con un rigor que no merezco, esta entrevista, que será probablemente la última que tendremos en este mundo.

Vivamente alarmada Doña Elvira, al escuchar aquellas palabras, contestó :

— ¿ Qué queréis decir, Rodrigo ? ¿ Vais á partir acaso ? Por Dios explicaos y haced que cese la inquietud mortal que me causa lo que acabáis de decirme.

— No voy á partir, replicó el gobernador; pero dudo mucho de que me sea dado volver á veros. Sé que la Audiencia se ha decidido al fin á adoptar una resolución meditada mucho tiempo ha y que ciertas consideraciones no habian permitido llevar á cabo. En una palabra, han resuelto prenderme; esta

misma noche me arrestarán y se me instruirá un proceso por traidor y sedicioso, como á Alarcón y los otros desgraciados que han acabado su vida en el patíbulo.

Doña Elvira se puso pálida como un muerto al oír lo que le comunicaba D. Rodrigo. Conocía perfectamente la disposición del Presidente y de la mayor parte de los oidores, para temer que ni el rango ni los antiguos servicios del gobernador alcanzarían á ponerle á cubierto de una sentencia semejante á la que había recaído sobre los otros conjurados. Con voz ahogada y temblorosa dijo á D. Rodrigo :

— Pero ¿ creéis que hay pruebas contra vos suficientes para condenaros ?

— Pienso que sí, Elvira, contestó el gobernador ; y por otra parte no soy hombre para excusarme con una mentira. No negaré lo que he hecho y me creo con suficiente fuerza de ánimo para sufrir la suerte que me toque, con la misma tranquilidad que ha mostrado hasta su último fin D. Silvestre Alarcón.

La idea de que el gobernador pudiese terminar su vida en un patíbulo, se presentó entonces con todo su horror al espíritu impresionable de la joven señora. Lanzó un grito de espanto y exclamó :

— ¡ Oh Dios mío ! Rodrigo, eso no puede ser y no será ; porque... yo me moriría de dolor. Salvaos, huid ; aun es tiempo ; prefiero no volver á veros jamás ; pero el patíbulo ! ¡ oh ! el patíbulo ! eso es espantoso. La desesperación me volvería loca, Rodrigo ; me lanzaría contigo al cadalso, me abrazaría de tu cuello y sería necesario, te lo juro, hacerme pedazos, antes de que te separaran de mí. Huye, te lo pido ; te lo ruego ; si es necesario te lo mando ; salva tu vida, sálvala.

Al decir esto la joven se retorció los brazos y derramaba lágrimas de dolor.

— Elvira, dijo D. Rodrigo tomando la mano de la dama ; calma, resignación. Es necesario no anticipar lo que acaso no sucederá.

— Pero ¿ huiréis ? replicó Doña Elvira. ¿ Me prometéis ocultaros ?

— No, Elvira, contestó el gobernador, no puedo ofreceros lo que no cumpliría. Ocultarme sería una mengua, un baldón en un hombre de mi carácter, cuando otros que tenían menos obligación que yo de mostrarse animosos, han sabido conservar hasta el fin su honor ileso.

— ¡ Oh ! ¡ el honor ! dijo Doña Elvira con desesperación ; ¡ el honor ! Á ese ídolo mentiroso lo sacrificáis todo. vosotros los hombres, y no os curáis de las profundas heridas que vuestras falsas ideas abren en los corazones de los que os aman ; en los nuestros sobre todo, pobres mujeres que no amamos la vanagloria, que no comprendemos lo que llaman razón de estado y para quienes se han quedado únicamente las amarguras del sacrificio. Pero vos no moriréis ; no, os lo juro ; yo os salvaré á pesar vuestro ; decís que esta misma noche van á prenderos ; pues bien, cuando os busquen no os encontrarán, porque sois mi prisionero y suceda lo que sucediere, no saldréis de aquí.

Diciendo esto, y antes de que D. Rodrigo pudiese estorbarlo, Doña Elvira, que estaba como poseída de un verdadero delirio, había corrido á la puerta, cerrádola y guardádose la llave en el seno.

— ¿ Qué hacéis, señora ? dijo D. Rodrigo espantado. ¿ Queréis perderos para siempre, sin salvarme á mí ? ¿ No veis que yo no he de permanecer en vuestra habitación ; que me hallarán al fin y que lo único que se logrará es hacer aun más grave mi situación y traeros vos las más funestas consecuencias ? Dadme la llave.

— Estoy resuelta á todo, dijo Doña Elvira. No salís de aquí ; y si habéis de ir al cadalso, iré yo también con vos, Rodrigo.

El gobernador se dirigió entonces á una ventana que daba á la calle, y abriéndola, dijo :

— Pues bien, ya que no queréis darme la llave, me arrojaré

a la calle por este balcón; pues prefiero que me encuentren muerto al pie de esta ventana, que oculto en vuestra alcoba.

— ¿Qué vais á hacer, insensato? exclamó Doña Elvira; deteneos, y puesto que lo exigís, tomad la llave.

Diciendo esto, detuvo al gobernador, que iba ya á precipitarse por la ventana, y entregándole la llave, añadió :

— Vete, cruel : ve á entregar al verdugo tu cabeza. La infeliz Elvira no podrá sobrevivirte y morirá contigo.

Sin fuerzas para sufrir aquella prueba dolorosa, la joven cayó desmayada á los pies del gobernador. Se inclinó éste y levantando la cabeza de Doña Elvira, puso sus labios abrasados sobre la frente fría y pálida de Doña Elvira. D. Rodrigo enjugó una lágrima que se desprendió de sus ojos, y embozándose en su capa, salió del dormitorio.

CAPÍTULO LIII

Plazo cumplido.

Como lo había dicho el gobernador á Doña Elvira, el Presidente estaba resuelto á extender la orden en virtud de la cual debía reducirse á prisión aquella misma noche. El odio del Adelantado y su deseo de hacer mal á D. Rodrigo, triunfaron al fin de los escrúpulos del Presidente. Á pesar de la evidencia de la parte principal que el joven había tenido en la conjuración, desde que desapareciera la actuación secreta, vacilaba el conde de Santiago en tomar una resolución que acaso sería mal recibida en la corte, donde la familia de los Arias contaba aún con apoyos muy poderosos. Pero Don Enrique pintó á su anciano padre y á los individuos de la real Audiencia con tan vivos colores el cuadro de los funestos resultados que produciría una lenitud intempestiva, que al fin hubieron de resolverse á dictar aquella orden. La comisión de prender al gobernador debía encomendarse á D. Pedro de Lara Mogrovejo, comandante del cuerpo de dragones, sujeto cuya adhesión no podía ponerse en duda. Uno de los oidores, adicto á la familia de Padilla, dió aviso á D. Rodrigo, bajo la más absoluta reserva, de la resolución tomada; y así fué cómo pudo el gobernador asegurar á Doña Elvira que iba á prendérsele en la misma noche.

Á las once debía rodearse la casa y verificarse la captura. D. Rodrigo esperaba con tranquilidad, después de su entre-

vista con Doña Elvira, y había dado orden á su servidumbre para que franqueasen la entrada á cualquiera que se presentase de parte del Presidente ó de la real Audiencia.

Las diez y media acababan de sonar en los relojes públicos; las calles estaban, como de costumbre, oscuras, silenciosas y desiertas; pues á semejante hora, en aquellos tiempos, la mayor parte de la población estaba entregada al sueño. De repente interrumpieron aquel silencio los pasos precipitados de un hombre que habiendo salido del palacio del Presidente se dirigía casi corriendo á la casa del gobernador. Aquel hombre era un lacayo del oidor que había dado á D. Rodrigo el aviso de que iban á prenderle. Era portador de un billete de su amo, que debía entregar sin pérdida de tiempo.

Luego, pues, que aquel mensajero se dió á conocer y dijo la comisión de que estaba encargado, fué introducido en el gabinete donde esperaba el joven Arias á los que debían conducirle á la prisión.

— El señor oidor Réguera me ha ordenado ponga esta carta en manos de vuestra señoría, dijo el lacayo.

El gobernador rompió el neta de la esquila y leyó para sí el contenido, que se reducía á dos ó tres líneas, trazadas precipitadamente. Arias se puso pálido al leer aquel billete y permaneció durante un rato sin decir una sola palabra, ni volver en sí del asombro que le causara la noticia que se le anunciaba. Decía así :

“Al firmar la orden de prisión contra vos, el conde de Santiago ha caído muerto; víctima, según se cree, de un violento ataque de apoplejía.”

— ¡Muerto! exclamó; ¡muerto repentinamente al firmar la orden!

— Parece, señor gobernador, dijo el lacayo, que el señor Presidente estaba encerrado en su gabinete con el señor capitán D. Pedro de Lara, y que al tomar la pluma para firmar un papel, cayó á plomo, diciendo solamente “¡Don Diego! ¡Don

Diego !” y no volvió á hablar ni á dar la menor señal de vida. El señor de Lara avisó inmediatamente al señor Adelantado de Filipinas ; se llamaron médicos y sacerdotes ; todo fué inútil ; el señor conde había expirado. La real Audiencia está reunida en un salón junto al gabinete.

Poca atención prestó D. Rodrigo á aquella relación, abismado como estaba en sus meditaciones. El lacayo del oidor hizo una profunda cortesía y se retiró.

— ¡ Muerto ! repitió D. Rodrigo, ¡ muerto ! é inclinó la cabeza bajo el peso de los graves pensamientos que abrumaban en aquel momento su imiginación.

El joven se dirigió lentamente á una ventana que daba á la calle, y abriendo la vidriera, fijó los ojos en el firmamento y comenzó á reflexionar en las vicisitudes de su agitada vida. Los peligros sin número que había corrido en sus combates con los indios bravos de la Talamanca ; el riesgo en que estuvo de ser asesinado la noche en que se disponía á entrar al jardín del palacio ; la manera misteriosa en que se había salvado de caer en manos del doctor Escalante, cuando ocupó éste con fuerza armada la casa de los espantos ; la sustracción del proceso secreto por Doña Guiomar y por último aquella muerte del conde de Santiago, al firmar la orden de prisión contra él, eran acontecimientos que herían vivamente su alma y le hacían reflexionar sobre su extraño destino.

La ciudad estaba envuelta en profunda oscuridad, y ni aun el más leve ruido turbaba el silencio de las calles solitarias. El cielo aparecía débilmente iluminado por la opaca luz de las estrellas, veladas por nubes caprichosas. D. Rodrigo seguía con la mirada aquellos grupos fantásticos que cruzaban el firmamento en giro perezoso, al leve impulso de la brisa, ó se apiñaban sobre las crestas sombrías de las montañas que rodeaban el valle.

Cuando más ocupado estaba en sus meditaciones, que hacían nacer en su alma cierta indefinida y vaga aspiración á un

orden de cosas desconocido y exento de las contrariedades de la vida, oyó hacia el extremo de la calle el tañido de una campanilla. Dirigió maquinalmente la vista hacia el punto donde se escuchara aquel sonido, y vió una luz que iba acercándose poco á poco. El caballero sintió un estremecimiento, como el que experimentara el descuidado caminante que despertase á orillas de un abismo. El tañido y la luz fueron aproximándose, hasta que D. Rodrigo pudo ver distintamente á un hombre, que reconoció al momento. Era el misterioso personaje á quien encontrara una noche en el barrio de Santa Cruz y el mismo que le dirigió la incomprensible profecía en el momento en que se preparaba á entrar en el jardín del palacio, con lo cual, según había podido comprenderlo después D. Rodrigo, se había salvado de un peligro inminente. El hermano Pedro pasó por delante de la ventana donde estaba como clavado el joven caballero, y sin parecer fijarse en éste, entonó en voz suave y triste la misma cuarteta que cantaba la noche en que salvó á D. Rodrigo del puñal de los asesinos :

„Acordaos hermanos
que una alma tenemos
y si la perdemos
no la recobramos.”

El gobernador sintió que la sangre se agolpaba precipitadamente en su cabeza, como las olas del mar agitadas por la tempestad. Cubrió su rostro con ambas manos y no pudiendo sostenerse en pie, cayó sin conocimiento. El siervo de Dios continuó su marcha lentamente, tocando de tiempo en tiempo la campanilla y repitiendo la estrofa con acento penetrante y melancólico.

Pero ya es tiempo de que nos ocupemos en el grave acontecimiento ocurrido en el palacio, que iba á cambiar la situación de las cosas en el reino y á influir poderosamente en la suerte de los personajes principales de nuestra narración.

Á las diez de la noche, el conde de Santiago se encerró en su gabinete con el Adelantado su hijo y estuvo durante media hora dictándole la orden de prisión contra D. Rodrigo de Arias y las instrucciones á que debía sujetarse el comandante del cuerpo de dragones, á quien se iba á encomendar tan delicada comisión. Se temía que D. Rodrigo quisiese oponer alguna resistencia con su servidumbre y algunos partidarios, que podrían acudir de momento; y á fin de evitar un conflicto, se tomaban algunas medidas precautorias.

Á las diez y media un paje del Adelantado entró en el gabinete del Presidente y dijo á su amo que las camareras de la señora avisaban haberla encontrado desmayada en su dormitorio. D. Enrique no contestó una sola palabra y continuó con la mayor tranquilidad escribiendo las instrucciones para la captura del gobernador, que iba á firmar el Presidente. Cuando estuvieron concluídas, el conde tocó la campanilla y dijo que llamasen al comandante del cuerpo de dragones, que aguardaba en la antesala. Un momento antes de que entrase Don Pedro de Lara, se retiró el Adelantado y se dirigió al dormitorio de su esposa. Doña Elvira había recobrado el conocimiento. Pálida, desencajada, estaba tendida en un canapé y apenas fijó la atención en su marido, en cuyos ojos habría podido leer la alegría cruel que experimentaba. D. Enrique permaneció un momento delante de su esposa, á quien contemplaba con una expresión de odio y de rencor difícil de definir, y cuando se disponía á dirigirle algunas palabras que expresasen el sentimiento que le dominaba, se oyó un gran ruido en las piezas inmediatas. Muchas personas corrían de un lado á otro y daban gritos, lo que hizo comprender á D. Enrique que había ocurrido algún suceso grave. Salió precipitadamente del dormitorio de Doña Elvira y se dirigió al gabinete del conde. La pieza estaba llena de gente, pues la servidumbre había acudido sin pérdida de tiempo. Apartáronse respetuosamente, y el Adelantado vió, tendido aun sobre el pavimento, á su padre, á

quien acababa de dejar lleno de vida y de vigor, y a quien encontraba tendido, convertido en un tronco inanimado. Al tomar la pluma para firmar la orden de prisión contra D. Rodrigo, el conde había caído como herido por un rayo, repitiendo dos veces, clara y distintamente el nombre de *D. Diego*. El comandante dió voces, llamó á la servidumbre, que se agolpó en torno del anciano; acudieron los médicos, aplicáronle sangrías; pero todo fué inútil; no era ya más que un cadáver.

Estupefacto quedó el Adelantado de Filipinas en presencia de tamaña desgracia, y luego comenzó á calcular el cambio notable que en su situación debía producir aquel suceso. Doña Elvira acudió también y derramó algunas lágrimas sobre los restos, fríos ya, de su padre político; pero vivamente preocupada de la suerte de D. Rodrigo, sintió cierta secreta satisfacción al considerar que la muerte del conde pondría término á la persecución de que era objeto su amante. Una sola persona lloraba sinceramente la muerte del anciano: D. García, su nieto. Traspasado de dolor, el joven imprimió sus labios respetuosamente en la mano del conde y no se separó un momento del cadáver.

Inmediatamente se avisó á los oidores, que se reunieron en un salón contiguo al gabinete donde acababa de expirar el Presidente; y después de una corta deliberación, acordaron que la real Audiencia ejerciera el gobierno, hasta que S. M. señalase sucesor al conde de Santiago y viniese el nombrado. Se dispuso en el acto no llevar adelante la orden de prisión contra D. Rodrigo de Arias y se mandó suspender la que se había librado ya para buscar á Doña Guiomar de Escalante en casa de D. Antonio de Montúfar. La muerte del conde de Santiago daba nueva vida á las esperanzas de los que trabajaban en favor de D. Rodrigo, y la Audiencia no juzgó prudente proceder contra quien, por sus relaciones y valiosos apoyos en la corte, podía ser designado para gobernar el reino.

Ordenaron los funerales con la pompa correspondiente al rango del difunto; exponiéndose el cadáver, embalsamado, en la capilla del palacio. Trasladado á los tres días á la catedral, fué sepultado en la bóveda de la capilla mayor. Terminada la triste ceremonia, la Audiencia volvió al salón donde celebraba sus sesiones, para abrir un pliego que conducía un correo del golfo. Era un despacho del gobernador del castillo de San Felipe, que contenía la noticia de la muerte de D. Diego de Padilla. Comparadas las fechas, se vió que el anciano caballero había salido de este mundo tres días antes que el conde de Santiago. Citado ante la presencia de Dios, desde la noche en que fué arrancado Padilla del templo para ser conducido á una costa mortífera, el Presidente, al caer para no levantarse jamás, tuvo tiempo tan sólo para recordar aquel terrible emplazamiento y murió pronunciando aterrorizado el nombre de D. Diego.

CAPÍTULO LIV

La miniatura.

Muerto el conde de Santiago, los dos bandos en que se hallaba dividido el reino, se marcaron perfectamente en el deseo y la esperanza que cada cual mostraba respecto á la persona que había de suceder al difunto capitán general. Los Carranzas y sus partidarios aclamaban al Adelantado de Filipinas y ponían en juego sus relaciones, á fin de que obtuviese el nombramiento. Los deudos y amigos de la casa de Padilla, no omitían esfuerzo para procurar que recayese el gobierno en Don Rodrigo de Arias. Balanceadas en poder ambas facciones, y considerándose igualmente bien apoyados á los dos candidatos, el triunfo parecía dudoso y la expectativa pública estaba pendiente de la real resolución. La Audiencia afectaba completa imparcialidad y se mostraba deferente con los jefes de los dos partidos, dispuesta á obedecer con gusto á aquel á quien S. M. se dignase agraciar con su confianza.

Por mostrar atención al Adelantado, la Audiencia le invitó á que continuase habitando en el real palacio, mientras permaneciese en Guatemala, pues D. Enrique hablaba siempre en el concepto de que regresaría á Méjico, donde residían los parientes de su padre. Aquello, sin embargo, no era sincero, pues abrigaba la esperanza de ser nombrado presidente, y en la expectativa, iba demorando su partida con diversos pretextos.

Comprendió perfectamente el Adelantado la necesidad que tenía de mostrarse obsequioso y complaciente con los funcionarios y vecinos principales; y así, á pesar de sú natural áspero y duro, se esforzaba en atender y agasajar á todo el mundo. Transcurridos los días de duelo riguroso, hizo que Doña Elvira volviese á abrir sus tertulias, y él entabló de nuevo los juegos, invitando á los sujetos principales, sin distinción de amigos ni enemigos, y aun á D. Rodrigo de Arias, encubriendo con las apariencias de una urbanidad cortesana el odio implacable que tenía al joven gobernador. Tres meses después de la muerte del conde, nadie se acordaba ya de él en aquellos salones, donde los ídolos rivales se disputaban los homenajes de los palaciegos.

¡ Cuántos otros personajes de aquellos á quienes vimos figurar en primera línea en el estrado de Doña Elvira, ó en las salas de juego del Prèsideute, al principio de esta narración, habían desaparecido de la escena! D. Diego de Padilla, jefe de una familia ilustre y rica, acababa de terminar su vida en un presidio. Su cajero mayor, aquel hombre tan leal como insensible, tan valeroso como implacable, había muerto en un patíbulo, despidiéndose del mundo con un acto de la más fría y premeditada venganza. D. Fadrique de Guzmán, en quien estaban recopilados los peores instintos de la raza humana, fué victima de la locura de D. César, en cuya desgracia tenía la parte principal. Doña Violante de Padilla había sepultado en un claustro su juventud, su belleza y sus decepciones, y D. César, en quien el destino se complaciera en acumular los más acerbos sufrimientos, arrastraba una existencia atormentada por las penas nsufribles que causa el extravío de la razón.

Sin hacer cuenta de aquellas desgracias, la sociedad, que apenas puede detenerse á pagar un homenaje fugitivo de lágrimas y de sentimiento á las catástrofes que ella misma ocasiona, volvía á entregarse al placer y á la alegría, gozando la hora presente, completamente olvidada de los dolores de

ayer y sin pensar en los dolores de mañana. Las inquietudes de la ambición; los cuidados que origina el deseo del lucro; los goces y las amarguras que proporciona el amor; el tormento de los celos; todo lo que compone, en fin, la variada tela de la vida, aparecía de nuevo en actividad febricitante en aquellos salones, de donde se habían apresurado á arrancar las señales exteriores de duelo, menos efímeras aun que el pesar ocasionado por la muerte del conde.

Uno solo de los personajes de aquella pequeña corte guardaba en su alma intacta la religión de la gratitud y los recuerdos. D. García de Altamirano, poeta por las ideas y por el sentimiento, no tomaba parte en la alegría general y lloraba en silencio la pérdida del único ser humano que le amaba sobre la tierra. El desventurado veía la tempestad que agitaba el corazón de Doña Elvira, y no se le ocultaban el odio y los celos de su padre, mal encubiertos con las apariencias de la cortesía. El amor insensato que tenía á su madrastra era una especie de culto, que encerraba en lo más íntimo de su alma, despedazada por los más crueles sufrimientos. Seguía como una sombra á los dos amantes; y muchas veces la aparición repentina de aquel joven, de rostro pálido y enfermizo, estorbó entrevistas de D. Rodrigo y Doña Elvira, que atribuía al amor filial y al celo por la honra de su padre, una vigilancia que tenía sin embargo un origen menos desinteresado.

La situación de los otros personajes que figuran en primera línea en nuestra narración, apenas había cambiado; si se exceptúa la de dos ó tres de ellos. La familia de Carranza, por ejemplo, que acababa de obtener una ventaja considerable en posición. Presentado á D. Tomás el testamento de Palomeque en que instituía universal heredero de su fortuna á su hijo natural, si aparecía alguna vez, y acreditado judicialmente que aquel hijo era D. César, Carranza se hizo nombrar curador del demente y reclamó los bienes, que la real Hacienda tuvo que

devolver. Así, por un extraño y misterioso capricho de la suerte, el suceso mismo que privó á la familia de Carranza de ciento sesenta mil pesos, á que ascendían el capital y los intereses de la herencia de Balmaseda, fué á proporcionarle los ochocientos mil pesos de Palomeque, que nunca pudo imaginar quién sería llamado á recoger el fruto de su afanoso trabajo. La casa recobró la influencia y la importancia que había perdido y volvió á montarse bajo el pie del lujo y de la ostentación que le había sido tan doloroso abandonar. D. Tomás y los suyos eran siempre los más firmes apoyos del Adelantado de Filipinas y trabajaban sin descanso, por medio de sus relaciones en la corte, á fin de que fuese nombrado presidente de la Audiencia y capitán general del reino.

El joven Adriano fué puesto en libertad inmediatamente después de la muerte del conde, y Doña Guiomar de Escalante se restituyó á casa de su padre, libre de la persecución que la había obligado á permanecer oculta. Cuando D. Antonio de Montúfar volvió á tomar posesión de su estudio, encontró sus pinturas en los mismos sitios que las tenía colocadas; y de pronto no advirtió la falta de una, que aun no había terminado. Era una preciosa miniatura de D. Rodrigo de Arias, á la cual faltaban solamente los últimos retoques. Un día que buscó D. Antonio aquella obra, para concluir la, no la encontró en ninguna parte, por más que registró hasta los últimos rincones del gabinete. Sin poder explicarse la pérdida de la miniatura, el artista se propuso hacer otra, como había ejecutado la primera, sin conocimiento de D. Rodrigo, á quien deseaba sorprender con aquel obsequio.

Doña Guiomar de Escalante volvió á casa de su padre gravemente enferma. Su delicada constitución no pudo resistir las violentas emociones que le causaran los acontecimientos ocurridos desde que en mala hora había sustraído la actuación secreta. En pocos días se desarrolló una consunción, que alarmó vivamente al oidor, haciendo concebir serios temores por la

vida de su hija. Los más hábiles facultativos fueron consultados y declararon unánimes que el mal había avanzado mucho y atribuyeron su origen á algún pesar oculto. Aconsejaron á la enferma ejercicio, distracción y que respirara el aire libre del campo; lo cual se ejecutó al pie de la letra, llevando el doctor Escalante á su hija á la hacienda de uno de sus amigos, situada en el valle de Mixco. La infeliz joven procuraba conservar su vida, por amor á su padre; pero comprendió perfectamente su situación; sabía que no podía vivir, y veía acercarse la muerte, si no con alegría, al menos con la tranquila y dulce resignación con que la ven esas pobres almas para quienes la existencia ha sido una cadena de dolores y que no pueden aspirar á otro descanso que al del sepulcro.

En el momento en que se abrían de nuevo los salones del palacio de la presidencia, después del duelo riguroso por la muerte del conde de Santiago; cuando la juventud, ávida de distracciones, acudía á las tertulias y saraos de Doña Elvira de Lagasti, y la edad provecta se reunía en torno de las mesas de juego, excitada por el deseo de la ganancia, Doña Guiomar veía aproximarse su última hora, sin más compañía que la de su anciano padre y unos pocos fieles sirvientes.

Pocas veces iba D. Rodrigo á informarse de la salud de la joven, pues temiendo desagradar á Doña Elvira, se limitaba á lo que indispensablemente exigía la urbanidad. El gobernador consideraba pagado el servicio que le prestara Doña Guiomar, haciendo desaparecer la actuación secreta, con lo que él había hecho para salvarla de la prisión; y sin embargo, si se ha de valuar la importancia de un servicio por lo que cuesta al que lo hace, el que prestara Doña Guiomar, exponiendo su persona, su reputación y la vida y la honra de su padre, no podía sostener el parangón con lo que había hecho D. Rodrigo, por medio de Adriano. Pero el amor, ese *egoísmo de dos*, como lo llama un escritor, extravía el raciocinio y los instintos de las almas más nobles y generosas.

La pobre enferma advertía aquella indiferencia, y devoraba en silencio su dolor. Las fuerzas iban faltándole de día en día, y los médicos aconsejaron al doctor Escalante la hiciese regresar á la ciudad. La estación fría del año se acercaba y no conviniendo que Doña Guiomar permaneciese en el campo, en los primeros días de diciembre volvió el oidor con su hija á la capital.

Varias jóvenes señoras, amigas de Doña Guiomar, acudieron á visitarla ; y ya sea con el objeto de distraerla, ya porque cada cual habla de preferencia de aquello que más le ocupa, la conversación con la enferma versaba casi siempre sobre las brillantes reuniones de palacio y sobre las probabilidades de que fuese nombrado presidente D. Rodrigo de Arias ; asuntos que, como debe suponerse, destrozaban el corazón de aquella desgraciada. La ciudad andaba ocupada con las disposiciones para un suntuoso sarao que iba á dar Doña Elvira en la noche del primer día de Navidad, y Doña Guiomar tuvo conocimiento en su lecho de muerte de los preparativos de aquella fiesta.

El 20 recibió la enferma los auxilios espirituales, y sintiendo que su fin se aproximaba ya, se ocupó únicamente en prepararse para el momento supremo. El doctor Escalante estaba traspasado de dolor. La intensidad del mal siguió aumentando ; el 25 por la mañana Doña Guiomar se despidió tiernamente del anciano y comenzó la agonía, que se prolongó hasta las doce de la noche. Á aquella hora la pobre joven expiró con la mayor tranquilidad, en brazos de su padre. El oidor tomó la mano derecha de su hija, que ésta había conservado constantemente sobre su corazón en los últimos días, y al levantar aquella mano inanimada ya, cayó una pequeña plancha de marfil, que recogió el doctor Escalante. Era la miniatura de D. Rodrigo de Arias, cuya desaparición advirtió D. Antonio de Montúfar.

— ¡ Desgraciada ! exclamó sollozando el oidor, al ver aquella

pintura y después de haber reflexionado un momento. ¡ Desgraciada ! le amaba y ese amor le ha dado la muerte !

En los momentos en que aquella alma, purificada en el crisol del sufrimiento, se elevaba solitaria á los pies de su Creador, el sarao de palacio ofrecía el aspecto más brillante y animado. Los adornos del salón, los ricos y vistosos trajes de la época, la iluminación, la música y los perfumes, formaban un conjunto que deslumbraba los sentidos y hacía palpar los corazones. En una de las evoluciones de la danza, D. Rodrigo de Arias tomó la mano de Doña Elvira y deslizó un pequeño billete que la joven se apresuró á ocultar. Ninguno de los que bailaban advirtió aquel incidente ; pero la mirada de D. García de Altamirano, que desde el alféizar de una ventana seguía hasta los más pequeños movimientos de su madrastra, comprendió, ó mejor dicho adivinó lo que había pasado. La sangre se agolpó con violencia en las mejillas y las sienes descoloridas del joven, y dió dos pasos como para lanzarse sobre D. Rodrigo ; pero se encontró con el Adelantado, cuyo rostro contraía una sonrisa infernal. Estaba en acecho como D. García, y lo mismo que él, había podido percibir la entrega del billete.

CAPÍTULO LV

Dos almas rescatadas.

El Adelantado de Filipinas, ya sea que sospechase que el billete de D. Rodrigo tuviese por objeto dar una cita á Doña Elvira, ya que, sin aquella sospecha, desease proporcionar á los dos amantes una oportunidad para que pudiesen verse y realizar él sus planes de venganza, al siguiente día á la noche del baile, muy temprano de la mañana se puso en traje de camino y mandó alistar caballos. D. Enrique, no se había acostado en toda la noche. Luego que concluyó el sarao y que se hubieron retirado todos los convidados, á eso de las dos de la mañana, llamó á un lacayo y le dió una orden secreta, que el sirviente fué á cumplir en el acto. D. Enrique sumamente agitado, permaneció en el gabinete, paseándose y abriendo de tiempo en tiempo una ventana que daba á la calle, como si aguardase impaciente á alguna persona que tardase en llegar. Por último, á las tres y cuarto, cuando el Adelantado asomaba la cabeza al balcón, quizá por la vigésima vez, después de haber fijado la vista en tres hombres que se acercaban á la puerta del palacio, dijo con alegría feroz :

— Ellos son ; llegan al fin ; y cerró la madera de la ventana.

Pocos minutos después, dos hombres entraban en el gabinete : *Mano de fierro* y el *Desorejado*; aquellos dos bandidos que se habían apostado al pie del muro del palacio, la noche en que iba á verificarse una entrevista entre Doña Elvira y Don

Rodrigo, salvado por la intervención del hermano Pedro.

Un cuarto de hora conversó D. Enrique con aquellos dos malvados, y luego los despidió, dándoles algunas monedas de oro y diciéndoles :

— Cuidado con no faltar. Á las doce, en la plaza de Jacotengango.

Los dos bandidos se inclinaron en señal de que estaban prontos á obedecer aquella orden y se retiraron, conduciéndolos hasta la puerta de la calle el mismo criado que había ido á llamarlos.

Luego que estuvo solo el Adelantado hizo venir á su ayuda de cámara, pidió un traje de camino y mandó enjaezasen tres caballos. Hecho esto, llamó al mayordomo de palacio y le previno que luego que la señora se hubiese levantado, le dijese que, invitado por algunos de sus amigos para ir á una cacería á una posesión inmediata, se había marchado y regresaría tres días después. Mandó también que diesen igual aviso á D. García, y á las cinco de la mañana montó á caballo y salió de la ciudad, seguido por dos criados.

Doña Elvira no sospechó la red que le tendía el Adelantado. La desgraciada había llegado en su pasión culpable á aquel estado de paroxismo que embota la inteligencia y hace imposible la previsión. Consideró aquel viaje como una feliz casualidad y tomó sus disposiciones para tener una entrevista con D. Rodrigo aquella misma noche, aprovechando la mayor libertad que le proporcionaba la ausencia de D. Enrique. Á las nueve hizo llamar al portero y le previno que luego que hubiese cerrado la puerta de los coches, le llevase la llave, pues tenía que despachar al siguiente día, antes de amanecer, á uno de los lacayos con un mensaje para el Adelantado. Cumplió el portero la orden, y á las diez fué á entregar la llave á su señora. Media hora después reinaba profundo silencio en el palacio, pues Doña Elvira manifestó que sintiéndose fatigada con el desvelo de la noche anterior, quería recogerse temprano.

Una hora permaneció Doña Elvira aguardando la llegada de D. Rodrigo. Á las once abrió la ventana de su dormitorio que daba á la calle, alumbrada débilmente por la luna menguante. Un hombre se acercaba con precaución al pie de la ventana. Doña Elvira le reconoció y le arrojó la llave. Cinco minutos después, el gobernador subía la escalera y se dirigía, por las galerías solitarias del palacio, hacia las habitaciones de la joven señora. Al mismo tiempo se abría la puerta del cuarto de D. García y daba paso á éste, que salía embozado en su capa y con la espada en la cintura. El joven se encaminaba hacia la escalera interior, buscando el jardín, preocupado con la idea de que si debía haber esa noche una entrevista de su madrastra y D. Rodrigo, el sitio de la cita había de ser el bosquecillo de naranjos. Al llegar á la cabeza de la escalera, Don García dominaba el corredor al cual caían las habitaciones de Doña Elvira. Cuando ponía el pie en el primer peldaño, el joven dirigió la vista con tristeza hacia la puerta por donde calculaba saldría dentro de poco su madrastra. Iba á continuar bajando; pero se detuvo, creyendo percibir un bulto negro, que seguía lentamente el corredor, como buscando las habitaciones de la esposa de su padre. Fijó más la atención; y como en aquel momento la luna, desembarazada de algunas nubes opacas que interceptaban la luz, alumbrase la galería, vió perfectamente el bulto negro, y advirtió era un hombre embozado en una capa de color oscuro. D. García se estremeció de ira y de dolor, y apretó involuntariamente con la mano derecha la empuñadura de su espada. Volvió hacia atrás precipitadamente, y con toda la ligereza de que era capaz, corrió hacia donde se descubría aquel hombre. Pero el embozado estaba ya demasiado cerca de la puerta del dormitorio, para que D. García hubiese podido alcanzarle. El desventurado joven pudo ver entreabrirse la puerta y volverse á cerrar, luego que hubo entrado el desconocido, que no lo era ya para él. Á tres varas de distancia de la puerta, D. García oyó el ligero ruido que

hizo la llave, que echaron por dentro. Detúvose como herido por un rayo, apoyó su cabeza contra la pared, y temblando de ira y desesperación, desnudó la espada y permaneció en pie á diez pasos de la puerta.

— ¡Elvira! exclamó el gobernador luego que hubo echado la llave. ¡Elvira! bien mío; vengo á renovarte mi juramento de amor eterno, inextinguible! Sí, inextinguible, repitió, y abrió los brazos á Doña Elvira, que se arrojó en ellos, diciendo:

— ¡Oh Rodrigo! te amo, te amo con delirio y habría pagado, aun cuando fuera con la vida, este momento de felicidad inefable. Rodri... ¡ay! gritó la desgraciada con acento desgarrador, y levantando los brazos, los retorció con desesperación.

Don Rodrigo se estremeció al oír aquel grito, y más aún al advertir á la luz de la lámpara que alumbraba el dormitorio, la palidez mortal que cubrió de repente el rostro de la joven. Llevó ésta rápidamente una mano al corazón, cerró los ojos y dejó caer su cabeza, inanimada ya, sobre el pecho del gobernador. La esposa infiel había muerto en los brazos de su amante.

Don Rodrigo, fuera de sí ante aquel horroroso espectáculo, dejó caer el cuerpo exánime de Doña Elvira, y después de haberla llamado repetidas veces, con desesperación, quitó la llave á la puerta y se lanzó al corredor.

Don García, al ver salir á D. Rodrigo, avanzó precipitadamente hacia la puerta, y tendiendo la espada, dijo con acento sombrío:

— ¡Deteneos! No saldréis de aquí sin pasar sobre mi cadáver.

— ¡Apartaos, insensato! gritó con rabia el gobernador.

— No, replicó D. García; no saldréis de aquí como habéis entrado. Como un cobarde ladrón habéis venido á asaltar la honra de un caballero. Os exijo una satisfacción. Si rehusáis batiros conmigo, os declararé un villano y un menguado.

Don Rodrigo no fué ya dueño de sí mismo, al escuchar tan

insultantes provocaciones. Desenvainó su espada y poniéndose en guardia, dijo :

— Puesto que os empenáis, sea ; y cruzó su acero con el de D. García.

Diez minutos duró el combate. Sostenido con igual ardor por ambos adversarios, el resultado estuvo indeciso, hasta que D. Rodrigo más diestro, ó más sereno que el joven poeta, logró herir en el brazo derecho á D. García, cuya espada cayó á los pies del gobernador.

— Estáis vencido, dijo éste.

— Matadme, gritó D. García con desesperación. No quiero la vida. Antes la muerte que ver otra vez á esa mujer.

— ¡ Ay ! exclamó el gobernador, con voz sorda y conmovida ; á ella no la veréis más. Entrad, desventurado, y encontraréis allí un cadáver !

— ¡ Muerta ! dijo D. García, con espanto.

— ¡ Muerta ! exclamó D. Rodrigo, y apartando al joven, marchó precipitadamente buscando la escalera.

Don García se lanzó al dormitorio y se detuvo delante del cadáver de su madrastra. Erizáronsele los cabellos ; un sudor frío corrió por su frente y las fuerzas le abandonaban.

— ¡ Muerta ! repitió con voz sorda, é hincando una rodilla, puso sus labios sobre la frente de Doña Elvira, fría como la losa de un sepulcro.

El joven salió del dormitorio y fué á encerrarse en su habitación. Vendó su herida con un pañuelo : tomó papel y trazó con mano convulsiva unas pocas líneas, que quedaron medio borradas por sus lágrimas. En seguida pasó á la cuadra, enjaezó él mismo un caballo, montó y salió del palacio por la puerta de los coches, por la cual había pasado poco antes D. Rodrigo.

Después de su encuentro con D. García, el gobernador, sin capa y sin sombrero, y llevando en la mano la espada teñida con la sangre del hijo de D. Enrique, salió á la calle, como un loco, sin saber qué hacer ni adónde dirigirse. Dobló una esquina

y á poca distancia vió á un hombre que llevaba una linterna en la mano izquierda y en la derecha una campanilla. D. Rodrigo se detuvo involuntariamente delante de aquel hombre, á quien reconoció al momento. El siervo de Dios avanzó lentamente hacia el gobernador y le dijo con dulzura :

— ¿ Adónde vais, señor don Rodrigo de Arias, y de dónde venís á esta hora y en ese traje ?

El gobernador procuraba dominar la extraña influencia que ejercía sobre él aquel personaje misterioso ; é irritado con su aparición en aquellos momentos, le contestó con aspereza :

— ¿ Adónde voy ? ¿ de dónde salgo, decís ? ¿ y qué os importa ? ¿ Quién os ha dado derecho para perseguirme y para investigar mis acciones ?

— El que tiene en su mano poderosa vuestra vida y la mía, caballero, contestó el hermano Pedro con bondad.

— Mi vida, exclamó con impaciencia D. Rodrigo, es una carga insoportable. Quiero morir ; apartaos.

— No, joven, replicó el siervo de Dios ; os lo he dicho y debo repetíroslo : vos no debéis morir aún ; y ahora, en nombre de Jesucristo, os mando que volváis atrás.

— ¡ Jamás ! gritó D. Rodrigo con desesperación, y quiso seguir hacia adelante.

El hermano Pedro le cerró el paso y le dijo :

— No pasaréis de aquí.

Fuera de sí el gobernador, levantó la espada sobre la cabeza del santo, é iba á descargar el golpe, cuando el hermano Pedro exclamó :

— ¡ Desgraciado ! ¿ No os basta dejar atrás un cadáver y traer ese acero teñido con la sangre del hijo de aquel cuyo honor habéis ultrajado, y queréis haceros reo de un nuevo crimen ?

Detuvo el brazo D. Rodrigo al escuchar aquellas terribles palabras, y dejó caer la espada. Un frío mortal heló la sangre en sus venas.

— En nombre de Dios, dijo el hermano Pedro con autoridad, venid conmigo.

El gobernador no pudo resistir al imperio de aquella voz. Inclino la cabeza y siguió lentamente al hermano Pedro. Entró éste al palacio por la puerta que había dejado abierta D. Rodrigo ; subió la escalera y siguiendo la galería, se encaminó á las habitaciones de Doña Elvira. Entró en el dormitorio y se detuvo un momento á contemplar el rostro de la joven señora, que aun no había desfigurado la muerte. D. Rodrigo no se atrevía á fijarse en aquel cadáver.

El hermano Pedro levantó los ojos al cielo ; su rostro apareció como circundado de una brillante aureola ; se inclinó ; hizo la señal de la cruz sobre el pecho de Doña Elvira, y le dijo :

— Levantaos.

La joven señora abrió los ojos, y como quien despierta de un profundo letargo, se incorporó poco á poco ; se puso en pie ; contempló con asombro al siervo de Dios y cayó á sus plantas de rodillas, deshecha en lágrimas.

— ¡ Misericordia, padre mío, misericordia ! exclamó Doña Elvira.

— ¡ Misericordia ! dijo D. Rodrigo, arrodillándose también y poniendo sus labios mortecinos en la mano del santo hombre.

— Pedidla, hijos míos, dijo el hermano Pedro, á Aquel que llamó á la vida á Lázaro y al hijo de la viuda de Nain ; á Aquel que se ha valido ahora de su siervo para rescatar vuestras almas del imperio de las tinieblas y de las sombras de la muerte. Pedidla al Dios que castiga y que perdona.

Doña Elvira juntó las manos en actitud suplicante y se arrodilló delante de una imagen de Jesucristo que estaba pendiente de la pared. El hermano Pedro salió del dormitorio siguiéndole D. Rodrigo y pronto estuvieron en la calle.

Habrían caminado unos veinte pasos, cuando vieron tres hombres que se aproximaban. Detuviéronse al divisar al siervo

de Dios y al gobernador y avanzó uno de ellos solamente. Luego que el hombre estuvo á pocos pasos de distancia, se vió que era el Adelantado de Filipinas, que se acercó con un puñal en la mano.

— ¡ Don Rodrigo de Arias! exclamó, y ciego de cólera, casi no advirtió la presencia del hermano Pedro. Don Enrique, sin pronunciar una sola palabra más, echó mano á un silbato de plata que llevaba pendiente del cuello, é iba á hacer uso de él para llamar á *Mano de fierro* y al *Desorejado*, pues ellos eran los otros dos que se habían quedado atrás; pero el santo hombre le detuvo la mano y dijo :

— Aquí no hay ya D. Rodrigo de Arias; el que aquí veis, señor Adelantado, es el hermano Rodrigo de la Cruz, que desde esta misma noche vuelve la espalda al mundo y es mi compañero en la obra de asistir á los enfermos, doctrinar á los niños y conquistar almas para el cielo. ¿ No es verdad, hermano mío ?

— Sí, padre, contestó D. Rodrigo arrodillándose. Recibid el voto que hago de renunciar gloria, honores, riquezas y afectos mundanos, y de servir á Jesucristo, consagrándole desde este instante todas las horas de mi vida.

El siervo de Dios levantó la mano derecha sobre la cabeza del gobernador y dijo :

— Dios acepta ese voto, hermano Rodrigo de la Cruz; levantaos y venid conmigo.

El Adelantado estaba sobrecogido de asombro, en presencia de tan extraordinario espectáculo. Parecíale imposible que aquel gallardo y altivo gobernador, á quien había visto la noche antes, en el sarao del palacio, objeto de las atenciones de los caballeros y de las simpatías de las damas, fuese el mismo que pronunciara aquellas palabras. Sin volver en sí del asombro que aquel extraordinario suceso le causara, D. Enrique, cuyo corazón estaba un momento antes lleno de saña, dió un paso atrás, y descubriendo su cabeza, se inclinó en señal de respeto,

cuando pasó delante de él el siervo de Dios, seguido por D. Rodrigo. El Adelantado los vió alejarse, y cuando hubieron desaparecido, se dirigió á los asesinos que le aguardaban impacientes. Les entregó un bolsillo lleno de oro y les dijo :

— Retiraos.

Don Enrique les volvió la espalda y entró al palacio, encaminándose desde luego al dormitorio de su esposa. Doña Elvira, cuyo rostro conservaba la palidez de la muerte, oraba todavía a los pies del crucifijo.

CONCLUSIÓN

Tres días después de la noche en que se verificó la conversión de D. Rodrigo de Arias, y á los seis meses justos de muerto el conde de Santiago, la real Audiencia se reunía en la sala de acuerdos para abrir dos pliegos del rey que acababa de traer un correo de Méjico. Contenía el uno el aviso de haberse dignado S. M. proveer la presidencia y capitanía general del reino, en D. Jerónimo Garcés Carrillo de Mendoza, conde de Priego, cuya pronta venida anunciaba el despacho. El otro pliego era una real cédula en que S. M., para premiar el mérito y servicios de D. Rodrigo de Arias Maldonado, le agradecía con el título de marqués de la Talamanca, asignándole doce mil ducados anuales de renta.

Una comisión de la Audiencia pasó al hospital de convalecientes á participar al agraciado la real concesión. Recibióla el hermano Rodrigo con respetuosa urbanidad, y manifestó que habiendo renunciado al mundo, elevaría á S. M. su dimisión de aquella merced.

Hízolo así en efecto, según consta por la historia, á la cual nos hemos ceñido fielmente, al referir la milagrosa conversión de aquel ilustre caballero. El hermano Pedro sujetó á D. Rodrigo á las más duras pruebas, para asegurarse de su vocación á la vida religiosa, y de todas salió triunfante y más acrisolada la virtud del joven. Acompañó al hermano Pedro hasta su muerte en las obras de caridad y abnegación, y más tarde se vió cum-

plida la profecía del siervo de Dios, siendo el hermano Rodrigo el verdadero fundador de la orden de los Bethlemitas; quien negoció su aprobación en Roma y en Madrid, el que la extendió en ambas Américas, y su primer prefecto general, por nombramiento del Papa Inocencio XI. Fr. Rodrigo de la Cruz falleció en Méjico el 23 de diciembre de 1716, á los setenta y nueve años de edad y á los cincuenta de su conversión. Un retrato de tamaño natural de aquel venerable religioso, que aun se conserva en el beaterio de Belén de esta capital, deja ver en la nobleza y dignidad de las facciones, la energía y elevación de su alma.

El Adelantado de Filipinas, viéndose defraudado en sus esperanzas de obtener la presidencia del reino, dispuso partir á España y lo verificó, en compañía de Doña Elvira, que si no llegó á hacerse amar de D. Enrique, al menos conquistó su estimación con su conducta prudente y afectuosa.

Don García, á quien hemos visto salir de la ciudad, abrumado de dolor, después de haber contemplado el cadáver de Doña Elvira, se dirigió á Méjico, de lo cual dejó aviso á su padre en el billete que escribió un momento antes de partir. Penetrado de lo ilusorio de las afecciones terrenas, se decidió á abrazar la carrera eclesiástica y andando el tiempo, llegó á ser obispo de Durango, según vemos en una nota marginal de la crónica de Fuentes.

Tres años se prolongó la vida de D. César, acibarada por los más crueles sufrimientos; pues jamás recobró la inteligencia. Su familia procuraba proporcionarle todos los alivios de que su situación era susceptible, y se le mantenía encerrado en su casa, sin que él manifestase deseos de salir á la calle. Un día, á eso de las seis de la mañana, un grupo de curiosos rodeaba á un hombre que vestía un traje decente, aunque roto, y que estaba echado con la cara en tierra, al pie del muro del monasterio de la Concepción. Uno de tantos levantó á aquel hombre, á quien se había tomado por un ebrio, y se encontró

un cadáver. Era D. César, que escapado de su casa la noche anterior, había expirado al pie del convento donde se hallaba su nunca olvidada Violante.

No debemos pasar en silencio el fin de otro de los personajes que han figurado en esta historia.

Seis meses después de verificados los sucesos de que hemos dado cuenta en el capítulo anterior, un caballero español, dueño de una mina muy rica, á poca distancia de Guadalajara, volvía de aquella ciudad al mineral, á eso de las seis de la tarde. Al pasar por una estrecha garganta, que formaban dos montañas en medio de las cuales estaba abierto el camino, dos individuos de muy mala traza salieron de improviso de entre las rocas, y cayendo sobre el desgraciado hidalgo, le dieron de puñaladas, sin que tuviera tiempo para defenderse ni para llamar á su criado. Ejecutado el crimen, desaparecieron, sin tocar ninguno de los objetos de valor que llevaba consigo el caballero, pues sin duda aquel fué únicamente un acto de venganza. Cuando llegó el negro, que por alguna casualidad se había quedado atrás de su amo, acababa éste de expirar. En aquel momento, un oficial de la hermandad con cuatro alguaciles, que había ido al mineral á practicar ciertas diligencias de justicia, llegaron al punto donde se había cometido aquel atroz asesinato. Encontraron, pues, el cadáver del caballero á los pies del negro. Las sospechas recayeron, naturalmente, sobre éste; fué conducido preso á la ciudad, y como no pudo acreditarse que otros y no él fueron los asesinos, se le condenó á muerte de horca. Poco antes de morir, aquel hombre declaró ser un esclavo prófugo de Guatemala y que su verdadero nombre era Macao. Después de haber andado errante por diversas provincias de la Nueva España, se había acomodado, bajo un nombre supuesto, al servicio de aquel español, cuya muerte se le achacaba. La sentencia se ejecutó y Macao, asesino de Don Juan de Palomeque, sufrió la muerte por un delito que no había cometido. La justicia humana se engaña así fre-

cuentemente; pero la justicia divina nunca se equivoca.

El conde de Priego murió al llegar á las fronteras del reino, y continuó el gobierno á cargo de la Audiencia. El tiempo, que todo lo cambia, fué haciendo se aplacase el odio de Padillas y Carranzas; y hoy apenas queda en los antiguos códigos, que sólo unos pocos curiosos se toman el trabajo de consultar, consignado en breves palabras, el recuerdo de las acerbos discordias que han prestado materia á esta narración.

ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOLOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

	Páginas
ADVERTENCIA DE LA EDICIÓN DE 1867.....	V
PRÓLOGO.....	VII
CAPÍTULO I. — Donde el lector comienza á hacer conocimiento con uno de los ricos hombres de la muy noble y muy leal ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala.....	1
— II. — El voto.....	6
— III. — La cadena.....	11
— IV. — La tertulia del Presidente.....	17
— V. — Los juegos de palacio.....	24
— VI. — Donde verá el lector curioso quién era D. Rodrigo de Arias.....	31
— VII. — Un odio hereditario.....	38
— VIII. — Tres amigos. — Nuevas complicaciones.....	44
— IX. — Lo que encontró D. Rodrigo de Arias en la casa de los espantos.....	50
— X. — El verdadero jefe de los Nazarenos.....	57
— XI. — El cajero mayor.....	63
— XII. — Padre é hijo.....	70
— XIII. — Entrevista. — Esperanza frustrada.....	78
— XIV. — Un siervo de Dios.....	85
— XV. — Preparativos. — Una historia interrumpida.....	92
— XVI. — El libro verde. — Fin de una historia comenzada..	100
— XVII. — Un sepulcro vacío.....	108
— XVIII. — Donde se ve cómo perdiendo un camino, puede llegar á descubrirse un secreto importante.....	115
— XIX. — Dos negociantes.....	122
— XX. — Primeras operaciones de Alarcón para recobrar la herencia de Balmaseda.....	130
— XXI. — El tormento.....	139
— XXII. — La pesca con anzuelo.....	147

	Páginas
CAPÍTULO XXIII. — Palomeque y Macao.....	153
— XXIV. — La caza del tigre.....	161
— XXV. — La bóveda de plata.....	166
— XXVI. — El convento.....	173
— XXVII. — La cita.....	180
— XXVIII. — Una profecía.....	186
— XXIX. — La sepultura abierta.....	190
— XXX. — La punta de la capa.....	194
— XXIX. — Una piel de tigre intacta.....	200
— XXXII. — Revelación.....	206
— XXXIII. — Donde se ve la diferencia que hay entre la tinta y el agua.....	213
— XXXIV. — Un duelo y sus consecuencias.....	218
— XXXV. — El entredicho.....	225
— XXXVI. — Un peligro.....	233
— XXXVII. — Otro peligro.....	239
— XXXVIII. — Un juez y un delator.....	245
— XXXIX. — Hallazgo de D. Dieguillo.....	253
— XL. — <i>Malo mori quam fœdari</i>	259
— XLI. — El paquete de la cinta negra.....	265
— XLII. — En capilla.....	271
— XLIII. — Héroe, sofista y malvado.....	278
— XLIV. — La profesión.....	285
— XLV. — El legado de D. Silvestre.....	288
— XLVI. — La actuación secreta.....	294
— XLVII. — La llave.....	301
— XLVIII. — El relicario.....	306
— XLIX. — La fuga.....	313
— L. — Donde se ve el peligro que suele haber en parecer uno lo que no es.....	319
— LI. — El retrato de la monja.....	325
— LII. — Delirio.....	331
— LIII. — Plazo cumplido.....	338
— LIV. — La miniatura.....	345
— LV. — Dos almas rescatadas.....	352
CONCLUSIÓN.....	361